

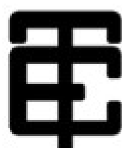
ANTITIERRA

LOUIS G. MILK

Colección ESPACIO

ANTITIERRA

LOUIS G. MILK



Núm. de Registro: 1363 — 1964

Depósito Legal: B. 9085 — 1964

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ediciones TORAY, S. A. — Arnaldo de Oms, 51—53 — Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO

El estallido de luz se produjo hacia el sur, a unos ciento veinticinco kilómetros de distancia de la aldea.

La noche era clara, serena, y las estrellas brillaban cálidamente en lo alto. Hacía una temperatura excelente y, cosa rara, aquel día no se había elevado del río la clásica neblina que solía enturbiar la atmósfera la mayoría de las veces.

Una guitarra desgranaba sus notas melancólicas en la puerta de un café. Unas cuantas comadres charlaban de sus cosas, despellejando a otro grupo de comadres que se encontraba en la misma calle, a cincuenta metros de distancia.

Los hombres fumaban apaciblemente y discutían de los temas habidos y por haber, en las puertas de las tabernas, mientras daban frecuentes tientos a los vasos de aguardiente de caña. Las parejas de

novios buscaban la complicidad de las tinieblas para repetir, una vez más, sus eternas y siempre renovadas promesas de amor.

El alcalde de Foz do Jutai, pequeña aldea del estado de Amazonas, situada a quinientos metros de la desembocadura del Riozinho, pontificaba, con un grupo de leales, sobre la política del candidato a gobernador. La tranquilidad era absoluta y la paz reinaba en todos los ánimos.

De súbito, la paz y la tranquilidad se vieron alteradas por la explosión de luz.

En realidad, no fue un estallido propiamente dicho. Unos dijeron luego que había nacido del suelo y otros que había caído de las alturas. Lo cierto es ninguno vio su comienzo, porque, en verdad, cuando se dieron cuenta de ello, la luz brillaba ya en el horizonte, por encima de las copas de los árboles de la selva que rodeaba completamente la pequeña aldea.

Hubiera parecido una gigantesca columna de luz blanca, a no ser porque se movía y ondeaba como una bandera al viento, en lo alto de su mástil. Pero, en este caso, la bandera de luz había adoptado una posición vertical, en lugar de horizontal, que suele ser lo acostumbrado en tales casos.

Además, si bien no muy extensa, era de gran longitud. Se hubiera dicho que aquella ráfaga de luz deslumbrante unía la tierra con el cielo.

El raro fenómeno duró quince o veinte segundos, no más. La columna de luz se agitó, ondeó, serpenteó en la noche, como si un poder misterioso tuviese fuerza suficiente para distorsionar los haces de resplandor; de su seno brotaron largos filamentos de todos los tonos cromáticos que aparecían y desaparecían con fulgurante rapidez. Al cabo de dicho tiempo, desapareció tan de repente como había aparecido.

Todos los habitantes de Foz do Jutai, que no dormían en aquellos instantes, vieron la luz. Y todos, al mismo tiempo, supieron dónde se había producido aquel extrañísimo fenómeno.

Sonó un gran grito, proferido por dos centenares de gargantas a un tiempo. Un gran clamor rompió el silencio al desaparecer la columna de luz.

—¡Ha sido en el campamento del profesor Prao!

Las sencillas gentes de Foz do Jutai se arremolinaron en torno a

la casa del alcalde. Éste levantó los brazos, pidiendo calma y, de paso, unos cuantos voluntarios para tripular su lancha motora y dirigirse a socorrer a los componentes de la expedición científica, dirigida y mandada por el prestigioso científico brasileño Francisco Prao.

Menos de un cuarto de hora después, doce hombres, encabezados por el alcalde, y armados con viejos rifles y escopetas, montaban atropelladamente en la lancha y partían en auxilio de la expedición. Ninguno de ellos sabía, ni acertaba a explicarse lo sucedido, pero todos ellos temían lo peor.

* * *

Los componentes de la expedición se disponían a acostarse, después de una jornada de duro trabajo.

Bajo el auspicio de las Naciones Unidas, había partido semanas atrás de Río de Janeiro, volando hasta Manaus, desde donde, en varias lanchas cargadas con la impedimenta, habían navegado por el Amazonas primero y luego por el Riozinho, hasta unos ciento veinticinco kilómetros al sur de Foz do Jutai, punto en el que habían establecido el campamento—base, situado a veinte kilómetros de la orilla del río, casi a la mitad del camino entre éste y el Biá, afluente asimismo del Amazonas.

El objeto de la expedición era estudiar sobre el terreno las futuras condiciones de vida de las colonias que se iban a establecer en las feraces selvas amazónicas. Los miembros de la expedición —entomólogos, botánicos, médicos, analistas, zoólogos y, naturalmente, los inevitables burócratas— trabajaban sin descanso con el fin de solventar el futuro de la población de la Tierra, demasiado aglomerada en algunas áreas del planeta y sumamente dispersa en otras. La vastedad de la cuenca amazónica y sus recursos naturales permitían abrigar fundadas esperanzas de provocar una inmigración que descongestionase zonas del planeta donde, prácticamente, los hombres ya se pisaban unos a otros a cada momento.

Era una expedición con medios actuales, pero planteada con vistas al futuro.

Estaba dirigida por el profesor Prao, cuyo ayudante principal era la doctora Jovita Nunes. Entre los miembros más importantes figuraban un sueco, Arne Lund; Igor Kavotchkin, ruso; John Pascoe,

norteamericano; Ivette St. Denis y Roger Bramel, franceses; Ayub Alí, pakistaní, más otros personajes secundarios, nativos en su mayoría y que se encargaban de las tareas de rutina.

El campamento estaba compuesto por una docena de tiendas de campaña, una de las cuales servía de alojamiento a las dos mujeres. Siendo ambas de la misma edad, diferían de forma notable en lo físico; mientras Jovita Nunes, de pelo negro como la endrina, ojos verdes y tez de color canela, indicadora de una remota ascendencia india, alta, esbelta y fuerte, parecía una descendiente de las amazonas legendarias que habían dado su nombre al más famoso río del Brasil, Ivette St. Denis era menuda, delicada y de piel blanquísima, cubierta siempre con todo género de ropas livianas, a fin de evitar en ella los perniciosos efectos de los rayos solares. Quizá por el mismo contraste físico se habían hecho tan amigas a los pocos días de conocerse.

Ivette tenía a su cargo la clasificación de los insectos que recogía y estudiaba Bramel, su compatriota. Además, en los ratos libres, llevaba el diario oficial de la expedición, con el fin de, en su día, rendir el correspondiente informe a la NU. En cuanto a Jovita, además de ser la principal ayudante del profesor Prao, era el médico de la expedición, merced a su título obtenido tres años antes en la Facultad de Medicina de Brasilia.

Después de la cena y de charlar unos momentos con sus compañeros, Ivette se había tendido en su catre, cubierta por el pijama. La tienda disponía de un pequeño acondicionador de aire, movido por baterías, con el fin de aliviar el ambiente del pegajoso calor que reinaba en todo momento en aquella zona de la selva y que, de no haber sido por el aparato, habría provocado en el interior de la tienda una temperatura sofocante, debido a la perfecta estanqueidad de la misma, con la cual se defendían del feroz acoso de los mosquitos.

Jovita se dispuso a cambiarse de ropa para descansar. De ordinario, vestía una camisa y unos pantalones Se quitó la camisa. Ivette no pudo por menos de contemplar con envidia la satinada piel de su amiga.

—Me das verdadera envidia, querida —dijo, suspirando.

—¿Por qué? —sonrió Jovita, enseñando unos dientes blanquísimos.

—Esa piel de color canela… esos ojos… esos dientes… ese cuerpo… Si tuviera yo esos atributos, Arne Lund bailaría de coronilla a cada minuto por mis huesos.

Jovita se echó a reír.

—Lund es un tipo muy serio, que no tiene ojos más que para su trabajo —manifestó—. Por otra parte, sólo tienes que mirarlo y ver cómo es: sueco, de ojos azules y pelo que parece de paja.

—Vamos, vamos, no insinúes tonterías raciales a estas alturas —contestó Ivette—. Lo que pasa es que no le has hecho cuatro pestañeos ni le has dedicado una sonrisa de hechicera; de lo contrario… Vamos, lo que es yo, me cambiaba por ti ahora mismo. ¡Piel canela! ¡Quién la tuviera!

Jovita se echó a reír. Tomó la chaqueta del pijama y se la colocó.

—No me importa el color de mi piel —dijo—. Además, podría pasar por una blanca tostada en cualquier parte del mundo. Uno de mis bisabuelos fue indio amazónico y todavía se reflejan en mí sus características raciales. Por otra parte, además de que soy brasileña y siento el orgullo de haber nacido aquí, no me he preocupado nunca de semejante cosa. Posiblemente —añadió—, es que he estado demasiado ocupada en mi trabajo para pensar si mi epidermis podía agradar o disgustar a tal o cual persona.

Ivette volvió a suspirar.

—A mí me agrada muchísimo. Y a Arne… bueno, porque es también un búho sabio y no se ha fijado, francamente, en ninguna de nosotras dos. Pero si yo estuviese en tu lugar, trataría de abrirle los ojos y…

La francesita se interrumpió de pronto. Un extraño sonido acababa de oírse en el exterior.

Primero fue como un agudo silbido, parecido al aullido de un reactor al hender la atmósfera. Después se transformó en un sordo rugido, como si la velocidad de aquel vehículo cayese rápidamente.

Las dos jóvenes levantaron su vista a través de la opaca tela de su tienda.

De súbito, una tremenda ráfaga de viento huracanado agitó la lona con enorme fuerza. Antes de que ninguna de las dos mujeres pudiese adivinar lo que sucedía, se sintieron derribadas al suelo, empujadas por una fuerza invisible e irresistible.

Algo pasó a escasos metros por encima de sus cabezas. Se oyeron terribles ruidos de ramas rotas y árboles tronchados. Un objeto de gran tamaño chocó contra el suelo con terrorífica violencia. La tierra trepidó como sacudida por un gran cataclismo.

Luego volvió el silencio.

CAPÍTULO II

L

a lámpara de la tienda se había apagado al caer el mástil de donde colgaba. Por fortuna era eléctrica y no se corría riesgo de un incendio.

Jovita fue la primera en reaccionar, después de aquel inesperado cataclismo, cuyo origen desconocían en absoluto.

—¡Ivette! ¿Estás bien?

La francesita emitió un par de gruñidos.

—Mis riñones... Sí, creo que tengo todos los huesos sanos. ¡*Mon Dieu*! ¿Qué ha sucedido, Jovita?

—No lo sé, no tengo la menor idea. Parece como si un avión hubiese aterrizado violentamente cerca de donde estamos —sugirió —. El viento desplazado es lo que nos derribó por tierra y abatió la tienda de campaña.

—¡Jesús! —se espantó Ivette—. ¡Pues ha faltado poco de no convertirnos en tortilla!

Fuera de la lona de la tienda caída sobre ellas, se oían ya gritos y carreras de los restantes miembros de la expedición. Haciendo un esfuerzo, Jovita consiguió sentarse en el suelo.

Aún estaba casi vestida, ya que, en realidad, sólo había cambiado la blusa por la chaqueta del pijama.

Hurgó en sus bolsillos y sacó una caja de cerillas. Frotó una de ellas contra el rascador.

La llamita le permitió ver la lámpara eléctrica, caída en medio del espantoso batiburrillo provocado por aquel extraño fenómeno. Pulsó el interruptor y la luz volvió de nuevo. El mismo golpe había desplazado el interruptor, cortando el aflujo de corriente a la bombilla.

Usos pasos precipitados sonaron cerca de las ruinas de la tienda.

—¡Aquí! —gritó una voz, que Ivette reconoció en la de su compatriota Bramel—. ¡Las mujeres! ¡Ayúdenme, pronto!

—Ahora voy, Roger —sonó otra voz grave. Era la de Arne Lund, el biólogo de la expedición.

—Estamos bien, Roger —gritó Ivette—. Sólo mis pobres riñones…

Manos ansiosas desclavaron los piquetes de la lona, apartándola a un lado. La luz de dos o tres portátiles les dio de lleno en pleno rostro.

—¡Doctora! —exclamó Bramel.

—No nos ha ocurrido nada —contestó Jovita, aceptando la mano que le tendían—. ¿Hay heridos por ahí? —preguntó con interés profesional.

—Creo que no… Sólo un susto muy grande. Aún no sabemos qué ha sucedido. Celebra que se encuentren bien.

Los gritos y las carreras eran casi continuos, numerosas lámparas eléctricas se movían como luciérnagas gigantes en todas direcciones.

Un hombre corrió hacia ellos. Era Kavotchkin.

—Parece ser que se ha estrellado un avión a corta distancia de aquí. Doctora, ¿tiene a mano su botiquín de urgencia? El profesor Prao le ruega acuda inmediatamente.

—¿Dónde está? —preguntó Lund, hablando casi primera vez—. Yo se lo llevaré, doctora.

Jovita se volvió, apartando a un lado un trozo de lona. Lund iluminó el espacio con su lámpara.

—¡Ah, aquí lo tengo! —exclamó la joven—. Igor, ¿ha sido un avión?

—Yo no lo he visto —contestó el ruso—, pero, por el ruido, así me lo pareció.

—Lo extraño es que no haya ardido de inmediato —comentó Lund, haciéndose cargo del maletín de primeras auxilios—. Esos cacharros se incendian casi en el acto, en una situación como ésta.

De repente, Bramel lanzó una exclamación.

—¡Miren eso!

El foco de luz de su lámpara de gran potencia iluminaba las partes altas de los árboles más cercanos.

La mayoría de las copas estaban tronchadas. Las ramas habían sido cortadas como simples mondadientes, cada vez más bajas, indicando con ello la trayectoria descendente del misterioso aparato. Después de las ramas, habían sido los troncos de los árboles, la mayor parte de los cuales yacían hechos astillas por el suelo. La trayectoria de la caída tenía una dirección claramente delimitada de este a oeste.

Alguien lanzó un grito.

—¡Vengan, pronto! ¡El profesor Prao ha localizado el aparato!

Echaron a correr. No era difícil hallar el lugar donde había caído el artefacto. A cien metros de la tienda, la selva aparecía completamente desbrozada en una anchura de veinte o veinticinco metros; el aparato, en su vertiginoso descenso, había abierto ancha brecha en la inextricable maraña vegetal que rodeaba al campamento.

Las dos mujeres, Lund, Bramel, Kavotchkin y algunos otros, corrieron rápidamente a través del espacio despejado, hasta un punto donde se veían brillar las luces de varias linternas. Un poco más adelante, se detuvieron casi a una, petrificados por el estupor.

—¡Dios mío! —exclamó Lund—. ¡No es un avión!

Jovita se detuvo también. Sus ojos se negaban a dar crédito a lo que estaban viendo.

No, no era un avión. Ivette, la voluble y locuaz Ivette, resumió el pensamiento común en una frase definitiva, lapidaria.

—¡Es una nave del espacio!

Ninguno de ellos había visto jamás un vehículo semejante antes de aquel momento. En realidad, se trataba de un aparato que respondía por entero a la típica descripción de los platillos volantes.

Sustancialmente, consistía en un disco circular, de sección ovoidal muy alargada, en cuya parte superior y central podía verse una especie de torrecilla cilíndrica, de unos diez metros de diámetro por uno de alto. La torrecilla aparecía rematada por una cúpula cónica muy achatada, de cuyo vértice sobresalían las rejillas de una antena de extraña conformación.

Había varias ventanillas circulares en torno a la torreta. Parecían de vidrio, aunque en aquellos momentos no se advertía ninguna luz en el interior de la nave. Ésta venía a tener unos veintidós o veintitrés metros de diámetro, por un grueso total de ocho o nueve,

y se hallaba un poco inclinada, con uno de sus lados parcialmente hundido en el suelo, del que brotaban tenues nubéculas de vapor, que no empañaban la visión en absoluto. No tenía insignias ni divisas en la brillante y pulida superficie metálica de su estructura, en la que, salvo los ojos de buey de la torreta, no se advertían indicios de abertura o escotilla alguna.

Una voz rompió el momentáneo silencio que reinaba.

—¡No se puede entrar, no veo ninguna puerta!

Arne Lund dio un paso hacia la nave. Jovita le agarró por el brazo.

—Deténgase, se lo ruego —dijo.

—Quiero ver lo que hay en su interior —contestó el sueco.

—La doctora Nunes tiene razón —intervino el profesor Prao—. Posiblemente, la temperatura del casco es muy elevada.

—Entonces, tendremos que esperar a que se enfríe —apuntó Pascoe, el botánico.

—Desde luego —convino el jefe de la expedición—. ¡Señorita St. Denis! —llamó de pronto.

—¿Sí, profesor?

—Usted es la encargada del diario de la expedición. ¿Trajo su cámara fotográfica?

—¡Santo Dios! —Ivette se pegó una palmada en la frente—. ¿Cómo he podido olvidarme de ello? Ahora mismo la traigo, profesor.

Lund dijo:

—En su opinión, ¿qué cree que puede ser este aparato, profesor?

—Yo diría que es una nave extraterrestre. Según mis informes, ni americanos ni rusos —miró con intención a los interesados—, disponen de vehículos semejantes a éste que tenemos ante nuestros ojos.

—En mi país, que yo sepa —respondió Pascoe—, se fabricó hace algún tiempo una especie de platillo volador, basado, no en el clásico sistema del colchón de aire o de los reactores, sino en la creación de un campo de energía capaz de anular la acción de la gravedad. Pero creo que la cosa no pasó de un ensayo y no con mucha fortuna, por cierto; algunos de los cálculos, más que equivocados, resultaban empíricos y no dieron el resultado apetecido. Tengo entendido que se sigue trabajando en el asunto[1],

aunque ignoro cuál es el estado actual de las investigaciones.

—Yo puedo decir más o menos lo mismo. Anular la gravedad no es tan fácil como parece o lo cuentan los autores de historias de ciencia—ficción —manifestó Kavotchkin. Las lámparas portátiles iluminaban el casco de la nave con toda claridad—. Pero aquí no se ven orificios de reactores ni cosas que se le parezca, luego es muy posible que los tripulantes del aparato conozcan ya la forma de desplazarse en el espacio por medio de canales de atracción gravitatoria, debidamente orientados por selectores direccionales; es decir, anulando la atracción de un planeta y, como si dijéramos, «llamando» a la del otro planeta al cual desean dirigirse. Pero todo esto no es más que especulaciones que, por ahora, carecen de base real para confirmarlas o desecharlas.

—Me gustaría entrar ahí —dijo Jovita, sintiendo una gran impaciencia—. No cabe la menor duda de que hay tripulantes y que alguno de ellos ha podido sobrevivir al choque.

—Ésta es una expedición ecológica, destinada a conocer las condiciones de vida de una región determinada —sentenció Prao—. Por lo tanto, carecemos de un instrumento tan sencillo como es el soplete de oxiacetileno.

—Tendremos que enviar a buscar uno a Foz do Jutai —apuntó Lund—. O, mejor dicho, ¿por qué no radiamos un mensaje a Manaus, al Instituto Tecnológico? Allí podrían proporcionarnos...

Prao extendió el brazo.

—Esperemos —dijo—. No me gustaría que se extendiese demasiado la noticia del aterrizaje de esa nave espacial. En mi opinión, lo más conveniente es guardar una discreción absoluta, hasta que tengamos más detalles, que nos permitan emitir un informe documentado. Ah, ya tenemos aquí a la cronista de la expedición.

Ivette llegó con la cámara en la mano y pendiente del hombro el bolso que contenía las bombillas de magnesio de repuesto.

—Me costó dar con ella en medio de aquel revoltijo —explicó jadeante—. ¿Hay alguien ahí dentro, Jovita?

—Hasta ahora, no hemos visto a nadie —contestó la brasileña.

—Y no nos atrevemos a tocar el casco; parece que quema —añadió Lund.

Destelló el «flash».

—¿De veras? —dijo Ivette, buscando un nuevo ángulo para su objetivo—. ¿Han probado a echar un poco de agua sobre el metal? Es el medio más sencillo de averiguar si una cosa quema o no, aparte de —agregó sarcásticamente— ponerle los dedos encima. ¡Estos científicos de pacotilla!

Jovita y el sueco se miraron y rompieron a reír simultáneamente, mientras Ivette, incansablemente, continuaba tomando fotografías del platillo volador desde todos los ángulos.

—¿Hay quien me ayude a subir a la copa de un árbol, para captar una vista desde arriba?

Antes da que pudieran darle una respuesta, sonó un grito de asombro colectivo.

Las lucernas de la torreta se iluminaron de pronto.

CAPÍTULO III

L

a nave está habitada! —gritó Jovita excitadísima.

—¡Cuidado! —exclamó Lund—. Pueden ser hostiles. Las armas, pronto.

Dentro de la nave, alguien había encendido luces. Los componentes de la expedición, aprensivamente, se retiraron unos cuantos metros. Varios rifles, de los que empleaban para la caza, fueron apuntados hacia el aparato.

Se produjo un gran silencio durante unos momentos. De pronto, una silueta humana se movió en el interior de la torreta, destacando con claridad en negro contra el fondo iluminado de las lucernas de la torrecilla.

Ivette no dejaba de moverse, obteniendo placa tras placa del misterioso aparato, hacia el cual estaban enfocadas todas las lámparas disponibles en aquel momento. Bruscamente, parte de la torrecilla giró a un lado.

Unos escalones surgieron en el acto de un costado de la nave, como si una mano invisible los hubiese excavado, por arte de magia, en el metal de la estructura. Un grito de asombro se escapó de los labios de todos los circunstantes.

Un hombre apareció en la escotilla del aparato, llevando en brazos a una mujer, joven y linda, a juzgar por las apariencias. La mujer parecía desmayada o malherida, ya que su cabeza y el brazo derecho pendían laciamente. El hombre también estaba herido; todo un lado de su cara podía verse cubierto de sangre.

Descendió con torpeza por la escalerilla, tambaleándose a veces hasta el punto de que dio la sensación de que podía caerse en cualquier instante. Todos los espectadores de la escena permanecían mudos, paralizados por el asombro.

El extranjero saltó al suelo y se arrodilló. Entonces, Jovita recordó su profesión y echó a correr hacia él.

El hombre, joven y no mal parecido, vestido con una simple blusa y un par de pantalones muy ajustados, como de bailarín de «ballet» clásico, depositó a su compañera en el suelo y levantó una mano, a la vez que movía la cabeza de izquierda a derecha. Irresoluta, Jovita se detuvo.

El extranjero llevaba a la cintura una especie de cinturón brillante, de color gris metálico, oscuro, con tres objetos que parecían sendas hebillas, dotadas cada una de ellas de lo que semejaban ser piedras preciosas. Con dos de sus dedos, tocó algunas de aquellas gemas. Entonces, los peldaños desaparecieron y la escotilla se cerró. La luz del interior de la nave se apagó instantáneamente.

El hombre movió las manos, haciendo unos signos que ninguno de los presentes supo entender. De pronto, cerró los ojos, lanzó un hondo suspiro y se desmayó.

Aquello pareció obrar como un revulsivo en los miembros de la expedición, todos los cuales se lanzaron hacia los recién llegados. Jovita, por supuesto, fue de los primeros en alcanzarlos.

Abrió el maletín, extrajo el fonendoscopio y se puso a auscultar a la mujer en primer lugar. Mientras escuchaba los latidos de su corazón, que latía con normalidad, aunque un tanto arrítmico, pudo darse cuenta de que estaba espléndidamente constituida en el sentido anatómico y que era muy hermosa. Tenía el cabello de un brillante color bronceado y su epidermis era suave y fresca; en cambio, sus rasgos fisonómicos daban la sensación de contar con un ascendiente oriental entre sus antepasados, a juzgar por la ligera prominencia de los pómulos y una apenas insinuada oblicuidad en

los ojos.

Todos aguardaban con verdadera ansia el resultado de las observaciones de Jovita.

—De momento, no le encuentro nada —dictaminó—. Es posible que sólo se trate de un desmayo, causado por un golpe que le ha producido una fuerte conmoción cerebral. ¡Profesor!

—Dígame, Jovita —contestó el jefe de la expedición.

Jovita siguió:

—Haga que monten una tienda y que instalen a esta mujer en ella. Luego la examinaré con más detenimiento. Ahora voy a reconocer al hombre.

—Yo la ayudaré —se ofreció el sueco.

El extranjero tenía una brecha en el lado izquierda de la cabeza. Jovita limpió la herida, la desinfectó y luego la cubrió con una capa de celulina, la pomada regenerante de las células que, además de desinfectar y facilitar la cicatrización, aislaba la herida de los gérmenes exteriores.

—Otra ligera conmoción —dijo, una vez hubo terminado—. Que lo lleven a nuestro campamento.

Varios auxiliares cargaron con el extranjero. Ivette les siguió, agotados todos los ángulos desde los cuales podía tomar vistas de la nave espacial. Los ayudantes se dedicaban ya a reparar los destrozos causados por el aire desplazado por la nave en su vertiginosa caída.

Mientras Jovita atendía a los extranjeros, Arne Lund y Bramel arreglaron su tienda, que también había caído al suelo. Lund se mostraba bastante preocupado.

—¿Qué te parecen esos dos tipos? —preguntó Bramel, clavando de nuevo uno de los piquetes—. A partir de este momento, no podrás decir que no has visto a unos seres del espacio, Arne.

—¿Estamos seguros de que han venido del espado, Roger? —preguntó el sueco, meditabundo—. ¿Cómo podemos afirmar que no han nacido en nuestro mismo planeta?

—¡Vaya! —resopló Bramel—. La nave lo indica de sobra; es el clásico platillo volante. Sus ropas...

—Sus ropas no indican nada. Es un tejido que se parece bastante a cualquiera de los que se fabrican en nuestro planeta. Además, su apariencia humana no abona precisamente la suposición de que hayan nacido fuera de la Tierra.

—¿Esperabas acaso ver monstruos de seis patas y doce ojos, con cabellos tentaculares y pupilas multifacetadas? ¡Bah, bah, esto es lo más sensacional que se ha visto en la Tierra, después del descubrimiento del vino! —exclamó el francés de buen humor.

—Bien —admitió Lund—, no podemos afirmar aún nada, hasta que recobren el conocimiento y puedan ser interrogados. Mientras tanto…

Se cortó de repente, con los ojos fijos en un punto situado a espaldas de su amigo. Bramel le miró un instante y luego volvió la cabeza.

—¡*Mon Dieu*! —exclamó.

Una larga columna de luz blanquísima, deslumbrante, acababa de surgir del lugar donde se hallaba posada la astronave. La altura de la columna luminosa no podía calcularse, ya que daba la sensación de llegar hasta el cielo. Además, parecía estar constituida por gases, pues se agitaba y retorcía como si estuviese sujeta a los influjos de un fuerte viento.

Arne exclamó:

—¡Roger, las gafas negras!

Los cristales ahumados les permitieron ver la luz sin detrimento de sus pupilas. Los gritos de alarma sonaban por todas partes.

Al cabo de quince o veinte segundos, la columna de luz, en cuyo seno se agitaban larguísimas hebras multicolores, se extinguió por completo. Arne se quitó las gafas, frotándose los ojos con gesto preocupado.

—Esto… —empezó a decir, pero no pudo seguir hablando.

—¡Vamos! —gritó Roger—. Ha sido donde está la nave.

Corrieron velozmente. No eran los únicos.

Repuestos de la sorpresa, la mayoría de los componentes de la expedición se encaminaron a la carrera hacia el lugar donde la nave había terminado su vuelo. Al llegar allí, sufrieron una tremenda sorpresa.

¡El aparato había desaparecido!

Las lámparas iluminaron el terreno calcinado y abrasado en un espacio circular de unos veinticinco o treinta metros de diámetro. Las hierbas y demás vegetales también habían sido quemados por la devastadora temperatura que se había producido allí, de una forma que ignoraban en absoluto. Del suelo se elevaban todavía algunas

columnas de humo.

Pero de la nave espacial no quedaba el menor rastro.

—¡Se ha volatizado! —resumió Arne, con una frase contundente, la opinión de todos los presentes.

* * *

Más tarde, se celebró una especie de consejo de guerra entre los principales miembros de la expedición, incluidas Ivette y Jovita.

—Los extranjeros son absoluta y totalmente humanos en su constitución física —declaró la joven doctora—. El examen externo e interno que les he hecho, ayudada por el aparato portátil de Rayos X, lo demuestra sin lugar a dudas.

—Eso no quiere decir que hayan nacido en la Tierra —alegó Pascoe—. Tan sólo en nuestra Galaxia se calcula que existen cien mil millones de planetas potencialmente habitados o susceptibles de serlo. Es posible que en muchos de ellos, las formas de vida tengan una configuración que ni siquiera somos capaces de sospechar, pero ¿por qué no van a existir otros planetas en los que sus habitantes tengan una conformación igual a la nuestra?

—De momento, su procedencia es lo de menos —intervino Prao —. Lo que me preocupa es que aún no han recobrado el conocimiento. ¿No podría «obligarles» a revivir, Jovita?

—Francamente, profesor, no me atrevo —respondió la joven—. Si proceden de otro planeta, pueden tener otras costumbres o estar habituados a un género de vida distinto al nuestro, pese a su figura humana. Opino que sólo se trata de un desmayo y que volverán a la vida de un modo natural. Prefiero esperar un poco y no correr riesgos. En todo caso, si viéramos que tardaban en despertar, trataría de aplicarles un suave estimulante, para facilitar la tarea.

—¿Y qué me dice usted del problema que nos plantea su presencia, profesor? —Era Arne—. Me imagino que deberemos dar cuenta del suceso a las Naciones Unidas.

—De su llegada y de la misteriosa volatilización de su nave —agregó Bramel—. No han quedado rastros en absoluto, como no sea el suelo calcinado y las hierbas quemadas.

—¿Habrá partido por medios automáticos para el espacio? —sugirió Kavotchkin—. Tal vez aquel resplandor que vimos fue su estela...

—Yo creo que no —dijo Arne—. Por la razón que fuera, el

extranjero dejó en el interior del aparato algo parecido a una bomba silenciosa de tiempo, que lo hizo estallar primero y arder después.

—¿Y cómo es que no dejó rastro? Admito —dijo Alí, silencioso hasta entonces— que un metal pueda arder, pero siempre con gran desprendimiento de calor. Si esa nave se hubiese fundido totalmente, como parece haber ocurrido, deberíamos haber notado la elevación de temperatura desde aquí. Además, ¿qué clase de combustión se ha producido, que no ha dejado el menor rastro de cenizas o escorias en el terreno?

—Todo eso es cosa que sabremos cuando hayan despertado los extranjeros —contestó Arne—. De momento y, aparte sus futuras declaraciones, el problema más acuciante es el de informar a las N.U. del incidente. ¿Profesor?

El jefe de la expedición se frotó la mandíbula.

—Creo —sentenció al cabo— que sería conveniente esperar algunas horas. Antes de nada, me gustaría hablar con ellos y...

La cabeza de un hombre, Rico Chía, ayudante sanitario de Jovita, cortó las palabras de Prao.

—¡Los extranjeros han despertado!

CAPÍTULO IV

E

l profesor Prao, Jovita, Arne Lund, Ivette, Kavotchkin y algún otro más, penetraron en la tienda donde se encontraban los extranjeros, quienes parecían bastante recuperados y ya en condiciones de hablar.

—A ver si resulta que sólo han estado durmiendo —rezongó la francesita en voz baja. Y, dirigiéndose a Arne, que estaba a su lado, añadió—: El hombre es guapísimo.

La voz del jefe de la expedición sonó en aquel momento.

—Me llamo Francisco Prao —dijo—. Éstos son mis ayudantes —presentó a los que le rodeaban—. Por favor, ¿quiénes son ustedes?

El hombre habló algo en un idioma ininteligible. Estaba sentado en el lecho, en tanto que ella, que todavía aparecía bastante pálida,

continuaba tendida.

—Ivette —dijo Jovita, volviéndose a medias—, haz que preparen café. Echa en cada taza unas gotas de coñac.

—Sí, ahora mismo.

El extranjero se calló, desalentado, al parecer, porque no era entendido. Entonces habló la mujer, aunque dirigiéndose a él.

El hombre asintió con la cabeza. Se señaló el pecho y luego señaló a su compañera.

Dijo:

—Zot—Bin... Yeesha...

—Bueno —dijo Arne—, eso es algo. Por lo menos, conocemos sus nombres. —Señaló con la mano a lo alto—. ¿De qué estrella vienen ustedes?

El hombre sacudió la cabeza. Habló rápidamente de nuevo, manoteando con cierta agitación. Arne frunció el ceño, mientras estudiaba sus gestos. De pronto pareció comprender.

—A ver, que alguien traiga un bloc de papel y un lápiz —pidió.

Momentos después, entregaba al extranjero el papel y el lápiz. Zot—Bin sonrió y movió la cabeza, haciendo un signo de asentimiento.

Inmediatamente, empezó a trazar unos extraños signos en el papel. Escribió algo durante un minuto y luego lo devolvió a Arne. Detrás de él, Prao se puso las gafas para leer lo escrito.

—Para mí resulta ininteligible —decretó al cabo de unos minutos de atento examen.

—No tiene aspecto de ser una escritura terrestre, ni aun perteneciente a los tiempos primitivos —comentó Kavotchkin.

—Esos seres han venido del espacio —afirmó Jovita—. Pero no debemos desesperar; tarde o temprano, acabaremos entendiéndonos con ellos.

—De momento —sonó la voz de Ivette—, que tomen un poco de café con coñac; esto acabará de reanimarles y más tarde discutiremos si vinieron del espacio o han nacido aquí. Toma, precioso —se dirigió al hombre.

Kavotchkin se arrodilló al lado de la mujer. Actuando con delicadeza, la incorporó un poco, haciéndola que ingiriese el café poco a poco. El alcohol la hizo toser, pero también devolvió los colores a su cara. Yeesha le miró sonriente al terminar y pronunció

unas frases con voz musical, agradablemente cantarina.

Zot—Bin dijo algo muy parecido.

—Nos han dado las gracias —manifestó Arne—. Las frases han sonado de forma casi idéntica, pero, como siempre, ininteligible.

—Éste podría ser un principio para entendernos con ellos —sugirió Jovita—. Enseñarles cosas de uso frecuente, pronunciar los nombres respectivos y hacérselos repetir. Cuando ellos conozcan nuestro idioma, nos enseñarán el suyo.

—No es mala idea —aprobó Arne—. De momento, sin embargo, se me ocurre otra. El bloc y el lápiz, por favor.

Pasó la hoja en que Zot—Bin había escrito su mensaje ininteligible y dibujó rápidamente un esquema del sistema solar, con el astro rey en su centro y los nueve planetas restantes que giran a su alrededor. Luego se lo enseñó a Zot—Bin.

Los ojos del extranjero se iluminaron. Una viva sonrisa apareció en sus labios. Tomó el bloc y se lo enseñó a Yeesha. La joven sonrió también.

Zot—Bin se volvió hacia Arne. Pidiéndole el lápiz, señaló uno de los planetas.

Todos suspendieron la respiración durante algunos segundos. Esperaban que señalase cualquiera de los planetas del sistema solar.

Pero no fue así. La punta del lápiz estaba fija sobre el pequeño redondel que representaba a la Tierra.

Hubo un momento de consternado silencio.

—Es imposible que esta pareja haya nacido en nuestro mundo —dijo alguien, con voz de infinita sorpresa.

Zot—Bin insistió. Los signos que hacía, señalándose a sí mismo, a Yeesha y al circulito que representaba a la Tierra en el esquema trazado por Arne no podían resultar más significativos.

—¡Que me ahorquen! —resopló el ruso—. ¿Cómo es posible que hayan nacido aquí?

Nadie supo contestar a la pregunta. De pronto, Kavotchkin tomó el lápiz y el bloc y, en otra hoja, dibujó un gran redondel, encima del cual escribió la palabra Tierra.

Señaló la palabra con el lápiz, repitiéndola fonéticamente varias veces, de modo que los extranjeros pudieran entenderla. Zot—Bin y Yeesha la repitieron asimismo. Luego Zot—Bin trazó unos signos sobre el papel, al lado de la palabra Tierra, y pronunció algunos

sonidos, que repitió también varias veces.

—Bueno —dijo Arne—, ellos la llaman algo así como Echjitr.

Zot—Bin asintió con vivos movimientos de cabeza. Entonces, Kavotchkin trazó unos signos sobre el dibujo anterior, tratando de preguntarles si acaso vivían en ciudades subterráneas, en un mundo ignorado por quienes residían en la superficie del planeta.

Zot—Bin dijo que no con la cabeza. Luego, recobrando el bloc y el lápiz, trazó otro dibujo.

Era el de su astronave, volando, al parecer, por la atmósfera. En ella iban, según el dibujo, cuatro personas más.

Un nuevo croquis indicó la nave caída y cuatro seres yacentes en el suelo de la cabina. Zot—Bin y Yeesha aparecían fuera, tendidos en el suelo y rodeados por los miembros de la tripulación.

—Eran seis —dedujo Arne—. Cuatro murieron en el choque y ellos dos se salvaron.

—Pero ¡por todos los santos de la corte celestial! —estalló el profesor Prao—. Si dicen que vienen de este mismo planeta, ¿por qué el dibujo les representa acercándose a través de la atmósfera, vale decir tanto como llegar del espacio?

Jovita decidió cortar aquella discusión, de la que, hasta entonces, no habían obtenido grandes informaciones.

—La salud de nuestros huéspedes, vengan de donde vengan, es lo primero —manifestó en tono tajante—. Han realizado un aterrizaje peligrosísimo y el choque emocional ha resultado también muy fuerte. Por lo tanto, debemos dejarles descansar durante varias horas, hasta que se encuentren mejor y podamos someterles a un interrogatorio más detallado, sin temor a fatigarlos.

Se volvió hacia la pareja y, por señas, les dijo que debían dormir. Zot—Bin y Yeesha asintieron de inmediato.

Los expedicionarios abandonaron la tienda. Jovita redujo la potencia luminosa de la lámpara al mínimo y luego salió y cerró la abertura por medio de la cinta adhesiva que había sustituido al cierre relámpago. Al hallarse en el exterior, Arne Lund le ofreció un cigarrillo, que ella aceptó con gran placer.

—Lo que más me extraña es la desaparición de la nave —dijo ella, bastante preocupada—. ¿Por qué lo habrán hecho?

—Por lo menos, hay dos buenas razones para justificarlo —contestó Arne.

—Una, supongo, es que no querían que nos enterásemos de los secretos técnicos de su aparato.

—Justamente. Y la otra razón puede descomponerse en varias. Pudo tratar, a): De una especie de funeral vikingo para sus muertos; b): los quemaron junto con la nave para, consumiéndose sus cuerpos con ella, no fuese hallada ninguna clase de restos, y c): no quisieron que nosotros pudiéramos someter a los cadáveres a un estudio anatómico, mediante la práctica de la autopsia.

—Unos motivos muy plausibles —convino ella—. Pero, dígame, ¿cómo consiguieron quemar la nave de tal forma que, no sólo no dejaron el menor rastro de metal fundido o de cuerpos incinerados, sino que, además, la combustión se produjo con un mínimo de calor? Recuerde, Arne; un avión que explota, después de chocar contra el suelo y arde acto seguido, despide una cantidad tremenda de calor que, en los primeros instantes, se nota a más de un kilómetro de distancia.

Arne reflexionó unos momentos.

—Bien —dijo al cabo—, si lo pensamos mejor, la producción de calor no es otra cosa que una forma de energía. Todo cuerpo, al arder, produce luz y calor, es decir, que se transforma la energía contenida en su masa. En el caso que nos ocupa, la transformación se efectuó casi por entero en el sentido luminoso.

—O sea, que la producción de aquella enorme columna luminosa absorbió la inmensa mayoría de la energía encerrada en la masa de la nave.

—Exactamente. El suelo quedó calcinado y las hierbas quemadas en un círculo de veinticinco o treinta metros de diámetro, pero más allá, y salvo los destrozos ocasionados por el aterrizaje violento, la selva presenta aspecto normal.

—Una energía que se transforma en luz —repitió Jovita, pensativa—. Pero ¿por qué aquella columna ondeaba como si sufriese los efectos de un viento muy fuerte? El ambiente está tranquilo; apenas sopla un pelo de aire y...

—Recuerde las auroras boreales —contestó Arne—. También, a veces, dan la sensación de moverse como agitadas por un violento huracán y, sin embargo, se producen a alturas de ochenta a ciento cincuenta kilómetros en donde los movimientos del aire atmosférico son nulos, debido precisamente a la rarefacción de tales alturas.

—La atracción magnética del Sol y sus radiaciones tienen bastante que ver con tales movimientos ondulatorios —adujo ella.

—Pero en esta ocasión ya era de noche… Claro que las auroras boreales se producen también de noche —manifestó Arne un tanto desalentado—. Y aquí, en este caso, la fuente de luz no provenía de la ionización de las partículas gaseosas de la alta atmósfera, sino de la combustión de una nave y cuatro cadáveres humanos. Una nave que pretenden es de origen terrestre.

—De origen terrestre —repitió Jovita, meditabunda—. Ellos dicen que vienen de la Tierra, pero el idioma que hablan no se parece en absoluto a ninguno de los empleados en nuestro planeta. Su aspecto sí es humano; sin embargo, la nave no ha sido construida en ningún astroastillero de la Tierra. ¿Cómo se explica eso, Arne?

El joven lanzó un profundo suspiro.

—Por ahora, de ninguna de las maneras, Jovita. Lo mejor será que descansemos un poco. Tengo la sensación de que, después de una noche agitada, el día que nos espera no lo va a ser menos.

En aquellos momentos, Arne Lund ignoraba que estaba profetizando con rara exactitud.

CAPÍTULO V

L

os primeros que aparecieron por el campamento apenas amaneció fueron el emprendedor alcalde de Foz do Jutai y sus convecinos. Jovita les recibió en persona y, previo acuerdo con el jefe de la expedición, les dijo que no había ocurrido nada y la luz se había producido a unos cuantos kilómetros de aquel lugar. Dada la distancia existente entre el campamento y Foz do Jutai, el error podía engañar al alcalde y sus acompañantes, quienes aceptaron como buenas las explicaciones de la doctora. Jovita añadió, además, que habían enviado una patrulla para investigar, pero que todos ellos se hallaban en perfecto estado de salud y que no les había ocurrido nada en absoluto.

Dieron de desayunar al alcalde y a sus compañeros, quienes, al terminar, se despidieron y marcharon de nuevo en busca de su

lancha. Prao los contempló hasta que desaparecieron en una revuelta próxima del sendero.

—Bien —dijo al cabo de unos momentos—: vamos a continuar el interrogatorio de los extranjeros. Deseo enviar mi informe cuanto antes, pero no quiero hacerlo sin conocer antes mayor cantidad de detalles.

Zot—Bin y Yeesha estaban desayunando en su tienda, bajo la dirección de Jovita. Arrastrados por la oscuridad, Pascoe, Kavotchkin y alguno más, entre los cuales, naturalmente, figuraban Arne Lund e Ivette, entraron también en la tienda. Ivette empezó a sacar fotografías de la pareja, mientras Jovita y los demás se preocupaban de averiguar detalles de su vida.

—Están fuera de peligro —informó la joven y hermosa doctora —. Sólo fue la conmoción originada por el choque.

—¿Qué dicen de nuestros alimentos? —preguntó Prao.

—Les gustan. Ya saben sus nombres y yo sé los de su idioma, pero los encuentran un poco bastos. Por lo demás, no tienen queja.

—¡Caramba! —exclamó Pascoe—. ¡Pues el jamón es de la mejor calidad que se fabrica en los Estados Unidos!

—Es que el de ellos es destilado con alambique —exclamó Kavotchkin, riendo.

—Bueno, bueno, basta de bromas —refunfuñó el profesor—. A ver, ¿dónde está el bloc de papel y el lápiz?

—Aquí —contestó Jovita—. Mire, profesor; los nombres de los alimentos en varios idiomas terrestres y su equivalencia gráfica en el de ellos.

Arne examinó los caracteres del idioma de los extranjeros, por encima del hombro del profesor. Eran unos signos gráficos que no tenían semejanza alguna con ningún idioma terrestre, vivo o muerto; ni aun siquiera con los signos del lenguaje cuneiforme babilónico o el jeroglífico egipcio. Acaso, con un poco de imaginación, podían hallarse ciertas semejanzas con las ruinas islandesas medievales, pero aun así, resultaban incomprensibles para quienes no conociesen la traducción a cualquiera de los idiomas hablados por los miembros de la expedición, como eran el francés, inglés, ruso, portugués y español.

—Ellos dicen que vienen de la Tierra, pero no son terrestres, salvo en el aspecto humano —dijo Arne al cabo de unos momentos

—. Los ropajes no cuentan; cualquiera de nosotros podría llevarlos sin que nadie volviese la cabeza para mirarnos.

—¿Y los cinturones? —preguntó Kavotchkin, situado al lado de Yeesha.

—Es verdad —dijo el joven. Alargó la mano y pidió por señas a Zot—Bin su cinturón.

Zot—Bin se negó con vehemencia. Arne frunció el ceño.

Jovita apoyó una mano en su brazo.

—No los forcemos —aconsejó—. Terrestres o no, hemos de tener en cuenta que han llegado a un mundo desconocido para ellos. Es preciso que se habitúen a nosotros y a nuestros usos. Quizá, más adelante, cuando confíen en nosotros, nos dejen examinar sus cinturones.

—A lo mejor tienen unas reglas que les impiden prestarlos a extraños —apuntó Kavotchkin.

—Como sea, no les obliguemos a realizar actos por la fuerza —insistió Jovita—. Que todo lo que hagan sea por su propia voluntad, sin coacción de ninguna clase.

—Es una buena idea —aprobó el jefe de la expedición—. Ahora, vamos a ver si conseguimos averiguar su punto de origen. Puesto que manifiestan ser terrestres, es preciso saber de dónde vinieron.

—Acaso se trata de una civilización perdida, que ahora sale a la luz, después de quizá miles de años de aislamiento absoluto —sugirió Ivette, obteniendo una nueva placa de Zot—Bin. ¡Era tan guapo... y tan fuerte y robusto! ¡Un sol de hombre!, suspiró.

—Por eso podría explicarse si hubiesen vivido en algún lugar subterráneo —alegó Bramel.

—¿Y sus aparatos voladores? Unos seres que viven en las entrañas de la Tierra no necesitan de vehículos aéreos para sus desplazamientos —manifestó Pascoe.

—Un momento —dijo Arne—. Tal vez... Hace muchísimos años leí una de las famosas aventuras de Tarzán de los Monos. Tarzán descubría un mundo subterráneo en el interior del planeta, incluso con un pequeño sol, que calentaba y daba luz a aquella colosal caverna, habitada por humanos y animales. A veces, los escritores imaginan cosas que, pareciendo fantásticas en un principio, luego se cumplen. ¿Por qué no pudo acertar Burroughs, o quizá presentir, la existencia de ese mundo?

—No hay más que recordar a H. G. Wells o a Julio Verne —dijo Kavotchkin—. Sin olvidar a Swift, quien, en una de sus historias, se inventó la existencia de dos satélites de Marte, cuyos datos resultaron casi dos siglos después sorprendentemente exactos.

—Todo esto está muy bien —habló Prao—, pero ¿por qué no proseguimos el interrogatorio por medio del bloc y del lápiz?

—De acuerdo —dijo Arne.

Tomó el papel y el lápiz y dibujó un círculo, al lado del cual escribió la palabra Tierra. Un poco más arriba y a la derecha, trazó otro círculo más pequeño, que representaba al satélite, cuyo nombre escribió asimismo, repitiendo ambos varias veces, con el fin de que los extranjeros se habituasen a pronunciarlos. Zot—Bin y Yeesha eran rápidos de comprensión y, después de algunas pruebas, consiguieron pronunciar correctamente ambos nombres.

A continuación, Arne entregó el lápiz a Zot—Bin, indicándole que señalase en el dibujo el punto del cual procedían. Zot—Bin tomó el lápiz y reflexionó durante unos momentos.

De pronto pasó la hoja y trazó unos signos rápidamente. Arne se dio cuenta de que representaban al Sol y a la Tierra girando a su alrededor.

Zot—Bin le miró. Arne hizo un signo, diciéndole que había comprendido.

Entonces, Zot—Bin ennegreció el círculo que representaba a la Tierra. Hizo señales de dormir.

—Esto es el planeta por la noche —aclaró el joven al expectante auditorio.

Zot—Bin repitió el mismo círculo, pero dejando su interior en blanco. Las señas que hizo significaban que era el planeta durante el día.

—Día y noche —murmuró Jovita sumamente pensativa.

Zot—Bin movió la mano izquierda en círculo varias reces, con gran rapidez.

—Varios días, bastantes —apuntó Kavotchkin.

La mano del extranjero se movió muchas veces más. Luego trazó con el lápiz varios óvalos que circundaban al Sol y tocaban los círculos que representaban al planeta.

—Eso son órbitas de la Tierra. ¿Qué significa? —preguntó Pascoe.

—Bueno —dijo Arne—. La Tierra emplea un año en recorrer completamente su órbita en torno al Sol.

—¿Quiere decir eso que Zot—Bin y Yeesha han estado dando varias vueltas alrededor del Sol antes de aterrizar? —preguntó Ivette.

La mano de Zot—Bin se movió de nuevo. Ahora trazaba muchas rayas, cortas y sensiblemente paralelas a las que indicaban las órbitas.

—Más órbitas, muchas órbitas —dijo Arne—. Muchos años.

—Muchos años —repitió Jovita.

La mano de Zot—Bin apuntó ahora al suelo. Luego volvió a moverse en sentido circular. Después de casi treinta segundos de ejecutar tales movimientos, en medio de un silencio absoluto, tendió el brazo hacia delante.

Lo movió dos o tres veces más, como señalando un punto situado delante de ellos. Después ejecutó acción inversa.

—Parece que señala un viaje hacia delante y luego otro de regreso —apuntó Jovita.

—Un viaje de ida y vuelta —murmuró Arne.

Zot—Bin pareció entender sus palabras. Movió la mano hacia delante y luego apuntó hacia el suelo. Después indicó un movimiento de regreso.

—No —se corrigió el joven—. Ellos estaban delante de nosotros y han retrocedido.

—¿Estaban delante y han retrocedido? —repitió Jovita—. ¿Cómo puede ser eso?

—Delante de nosotros, ¿en qué región?

De pronto una idea chispeó en la menta de Arne.

—Que alguien traiga un calendario, por favor. ¡Pronto!

Bramel salió de la tienda, regresando a poco con un calendario de propaganda, en el que se veía a una encantadora bañista, refrescándose con una bebida espumosa, sentada a la orilla del mar, sobre unas rocas. El calendario era de cuatro hojas, en cada una de las cuales se veían las divisiones correspondientes a los trimestres del año. Puesto que estaban en marzo, podían disponer de los doce meses para enseñárselos a los extranjeros.

—¿Para qué quieres el calendario, Arne? —preguntó el francés.

—Ahora lo verás, Roger.

Arne se lo enseñó a la pareja. Después de varias gesticulaciones, consiguió hacerles comprender que las hojas representaban el tiempo correspondiente a una órbita terrestre. Zot—Bin y Yeesha no fueron remisos en enterarse del significado de las acciones del joven.

Entonces, Zot—Bin juntó varias veces los dedos de su mano, apiñándolos.

—Muchos años —dijo Jovita. Y, sin saber por qué, empezó a sentir frío en la espalda, porque ella también empezaba a comprender—. ¡Dios mío! —exclamó, casi ahogándose.

Arne miró a derecha e izquierda.

—Señoras, caballeros —dijo con tono enfático—, ya sé de dónde vienen estos extranjeros. No llegaron de un planeta situado Dios sabe a cuántos años luz, sino que proceden de la Tierra misma.

—¡Cómo! Explíquese usted, Lund —pidió Prao.

—¿Que vienen de la Tierra? —exclamó Kavotchkin—. Pero ¿cómo diablos puede ser eso?

—Porque proceden de nuestro futuro y han retrocedido en el tiempo hasta situarse en el nuestro.

Un gran silencio se desplomó sobre la tienda.

—Arne... —balbuceó Bramel—, ¿quieres decir... que... que... esta pareja son... son descendientes nuestros y que viven... vivían o vivirán en nuestro futuro?

—Exactamente. Ni más ni menos. Todos los indicios tienden a confirmar mi hipótesis —contestó Arne con acento lleno de convicción—. Ignoro cómo son capaces de desplazarse a través de las edades, pero no cabe la menor duda de que ellos lo han conseguido... ¡Esperen un momento!

Se dirigió a Zot—Bin y le enseñó los cinco dedos da la mano derecha y luego los de la izquierda. Después escribió la cifra diez, al mismo tiempo que pronunciaba la palabra correspondiente.

Zot—Bin indicó que comprendía. Por medio del lápiz, Arne fue indicándole grupos de cifras: centenas, millares, decenas de millares... De pronto, Zot—Bin sujetó su mano.

Arne y el extranjero se miraron. Zot—Bin asintió.

Los ojos de Arne contemplaron la cifra escrita sobre el papel. Por un momento sintió vértigo.

Luego, dijo, despacio:

—Amigos todos... lo creamos o no, nos parezca o no fantástico, esta pareja ha venido a nuestra época desde otra situada a ciento cincuenta mil años en el futuro.

CAPÍTULO VI

L

as palabras de Arne explicaban muchas cosas, por no decir todas.

Durante unos momentos, todos los presentes contemplaron a la pareja con una especie de extática admiración, que les obligaba a permanecer callados. El silencio fue roto de pronto por la voz de Gómez, el radiotelegrafista de la expedición.

—Profesor, he recibido numerosos mensajes, pidiendo una explicación del raro fenómeno luminoso de la noche anterior. ¿Qué contesto?

Arne se anticipó a la decisión de Prao.

—Diga que estamos investigando y que informaremos apenas tengamos algunos datos sobre ello. Creo que es lo más cuerdo, ¿no le parece, profesor?

Prao asintió.

—Desde luego. Hágalo así, Gómez.

—Sí, profesor.

Jovita estaba a punto de desmayarse.

—Arne, ¿cree usted en lo que dijo hace unos momentos?

—Por supuesto. Y le aseguro que tendremos la confirmación cuando ellos entiendan nuestro idioma. Como es lógico, ignoro el funcionamiento de su nave, pero no cabe la menor duda de que...

De repente, sonaron unos gritos de alarma en el exterior. Alguien llamó al profesor y a los demás a grandes voces.

Otro pidió los rifles. Algunos corrieron alocadamente, sin rumbo, perdidos los nervios por unos instantes.

Arne se lanzó fuera de la tienda, seguido por los demás. Ayub Alí, a unos pasos de distancia, señalaba algo en el cielo.

Arne levantó la vista. A unos quince o veinte metros de altura, la atmósfera temblaba.

El aire, sin perder del todo su transparencia, se movía y agitaba, deformando la visión de las cosas, en especial de las ramas altas de los árboles, como si, de repente, hubiese aumentado la temperatura en aquel sector; de la misma manera que el calor de los desiertos provoca un cambio en la dirección de los rayos visuales a consecuencia de la refracción originada por la distinta densidad de las capas atmosféricas.

De pronto, el remolino, que tendría unos veinticinco metros de diámetro, se oscureció. Parecía como si el aire se hubiese transformado en humo de leña seca.

Poco a poco, el oscurecimiento aumentó, a la vez que se reducían las vibraciones. Y, de súbito, una nave espacial se hizo visible.

—¡Las armas, pronto! —gritó alguien.

Arne volvió la vista. Jovita estaba a su izquierda. Zot—Bin y Yeesha habían salido fuera de la tienda también y contemplaban la nave con expresión de grave temor.

La nave se posó con suave lentitud en el suelo. Cinco o seis rifles apuntaban hacia ella desde todos los ángulos.

Arne bajó la cabeza un poco para hablar con el francés.

—Roger, cuidado con los tipos que llegan ahí. Por encima de todo, hemos de proteger a nuestros huéspedes. Están muy nerviosos y aprensivos, ¿comprendes?

Bramel se había provisto de un revólver. Soltó la trabilla que lo sujetaba a la funda y probó si el arma entraba y salía con facilidad.

—Me situaré cerca de ellos —murmuró—. Si veo algo sospechoso, tiraré primero y preguntaré después.

—Está bien.

Bramel retrocedió con disimulo, situándose a corta y prudente distancia de la pareja de extranjeros. El silencio era absoluto.

De pronto, una escotilla se abrió en la torreta de la nave. Unos peldaños aparecieron en el metal del casco.

Tres hombres, vestidos más o menos como Zot—Bin y Yeesha, descendieron hasta el suelo y se detuvieron a pocos pasos del aparato. Si bien sus prendas eran parecidas a las de la pareja, aunque distintas en el color, llevaban encima otros aditamentos de los que carecían Zot—Bin y su compañera Yeesha.

Tenían también unos cinturones del mismo color y forma, pero

con una especie de cajita oblonga situada en el costado izquierdo, de unos doce centímetros de largo por ocho de ancho y cuatro de grueso, de la que partían unos cables que, pasando por detrás del cuerpo, iban a parar a un casco con auriculares, que les cubría la cabeza. El casco estaba, asimismo, provisto de micrófono, muy parecido en su forma y situación al usado por los pilotos de aviones de guerra. En el costado derecho llevaban algo que parecía una porra, pero muy fina, como una varilla de un centímetro de grueso, dotada de una empuñadura cilíndrica, cinco o seis veces más gruesa y de casi un palmo de longitud. La de la porra, en conjunto, era de unos ochenta centímetros.

Dos de los recién llegados se quedaron un poco rezagados con respecto al que parecía ser su jefe. Éste, con la mano izquierda, tocó en la cajita unos botones apenas visibles. Era un sujeto de unos cincuenta años de edad, alto, bien conservado, de rostro anguloso, mirada penetrante y expresión autoritaria.

—Me llamo Atsch—Jor —habló con claridad, aunque pronunciando las palabras con gran lentitud—. He venido en busca de esos dos. —Señaló a Zot—Bin y Yeesha con la mano—. Quiero que me los entreguen.

Arne se volvió hacia la pareja. Estaban pálidos y en sus rostros se advertía el temor, aunque era visible que se esforzaban por ocultarlo.

—Yo soy el profesor Prao —dijo el jefe de la expedición—. Estas personas que hay aquí me obedecen. Pero ninguna de ellas hará nada, a menos que yo se lo indique... no obstante, antes es preciso que sepamos por qué hemos de entregaros a nuestros huéspedes.

Arne se inclinó hacia Jovita.

—Deben usar una traductora de idiomas —dijo.

Ella asintió en silencio.

Atsch—Jor volvió a señalar a la pareja.

—Son culpables. Han infringido la ley. Deben ser castigados.

—¿Cuál es su culpa?

—No tenemos por qué darles explicaciones. Hemos venido a llevárnoslos y lo conseguiremos, de grado o por fuerza —amenazó Atsch—Jor.

—Un momento, un momento —terció Arne, de repente—. ¿Me permite, profesor?

Prao movió la cabeza.

—Adelante, Lund.

El joven dijo:

—Posiblemente, tenga usted razón y Zot—Bin y Yeesha sean culpables de haber infringido algunas de las leyes que les gobiernan a ustedes. No tendremos inconveniente en entregarlos, pero, antes de llevar a cabo ese trámite, queremos saber de qué delito se les acusa.

—He dicho que no les debemos ninguna explicación...

—¡Alto ahí! —cortó Arne—. Estamos a principios del siglo XXI y debemos regirnos por las leyes establecidas para esta época, no por las que se han dictado en el siglo mil quinientos, año más o menos.

Atsch—Jor respingó, lo cual hizo sonreír a Arne. El joven se dijo que Atsch—Jor no había sido capaz de sospechar que ellos sabían ya que eran hombres que vivían en una era muy distante de la suya en el futuro.

—¿Qué leyes son ésas? —preguntó Atsch—Jor con indisimulado desprecio.

—Es algo que se refiere a la extradición —contestó Arne—. Se concede en determinados casos, pero siempre que se conozca el delito de que se acusa al presunto reo y habiendo oído a éste previamente, a fin de que tenga ocasión de exponer sus puntos de vista.

—¡Bravo! —dijo Jovita en voz baja—. Como abogado defensor, no tiene usted precio. Siga así, Arne.

El joven la miró y sonrió un poco. Pero enseguida hubo de prestar atención a las palabras da Atsch—Jor.

—¿Significa eso que se niegan a entregarme a esa pareja de criminales? —preguntó, conteniendo su cólera a duras penas.

—Mientras no conozcamos el delito y hayamos oído lo que ellos tienen que decir, sí —respondió Arne con firme acento.

Una mueca de desdén apareció en los delgados labios de Atsch—Jor.

—¿Te das cuenta de que podemos destruiros a todos con la mayor facilidad del mundo? —exclamó.

—Es posible —admitió Arne, sin inmutarse—. Pero mira a tu alrededor y verás esas armas que os apuntan. —Ya le tuteaba, igual que el otro a él—. Antes de que pudierais mover un solo dedo, tú y

tus compañeros estaríais muertos.

Atsch—Jor se dio cuenta de que el joven no bromeaba. Paseó la vista a su alrededor y, al fin, dijo:

—Está bien. ¿Cuál es tu sugerencia?

—Deja uno de tus cascos traductores a Zot—Bin. Tú le acusas de haber cometido un crimen. Ya hemos oído, por tanto, tu punto de vista. Escucharemos ahora el suyo. En nuestro siglo, esto es lo legal y equitativo.

Atsch—Jor dudó un instante. Al fin, hizo una señal con la mano y uno de sus acompañantes se destacó. Zot—Bin dio dos pasos hacia delante, seguido de Bramel, quien no quitaba la mano de la culata de su pistola. Zot—Bin se colocó el casco y el cinturón. Efectuó algunos ajustes en los controles, retocó un poco la posición del micrófono y, al cabo, manifestó:

—No es cierto que Yeesha y yo seamos criminales. —Su voz era serena, calmosa—. Simplemente, Yeesha, yo y los cuatro que murieron escapamos de aquella época al pasado, porque no queríamos estar sujetos a la tiranía del gobierno que rige a los habitantes de la Tierra. Eso es todo.

Las facciones de Atsch—Jor se convulsionaron de rabia.

—¡Estás mintiendo y tú lo sabes! —aulló—. Cuando te hayamos devuelto a nuestra época, tú y esa mujer que está a tu lado seréis condenados a muerte y ejecutados.

—¡Vaya! —resopló Bramel, con acento indignado—. ¡Conque es eso! Estos pobres chicos están en desacuerdo con su gobierno y, por dicha razón, se les quiere llevar al paredón. ¿Y para eso están viviendo mil quinientos siglos después de nosotros?

—Por favor —recomendó Arne. Miró a Atsch—Jor—. Ya hemos oído a Zot—Bin. En nuestro mundo, esto se llama disparidad de opiniones y es perfectamente admisible, siempre, claro está, que se exprese sin violencia y con todo respeto para la persona del adversario. ¿Qué contestas tú, Atsch—Jor?

—Están fuera de su época —respondió el individuo en tono hosco—. Deben volver a ella.

—No, a menos que ellos mismos lo crean oportuno —respondió Arne con gran vehemencia—. Hubo un tiempo en nuestra Tierra en que los hombres podían ser perseguidos por discrepar de los otros hombres que gobernaban; incluso hoy se dan casos semejantes, pero

siempre que una persona pidió refugio por tales razones se le concedió en el acto. Por lo tanto, Zot—Bin y Yeesha se quedan con nosotros. Ellos son libres, aunque tú opines lo contrario, Atsch—Jor; y no consentiremos que te los lleves de ninguna manera, ni aun usando la fuerza.

Hubo una pausa de silencio. Los ojos de Atsch—Jor centellearon vivamente.

—Vuestra época correrá grave peligro de ser destruida si no accedéis a lo que pido. Es la última vez que os lo ordeno: ¡Devolvedme a esa pareja de criminales!

—No —contestó Arne con energía—. Ellos han decidido quedarse con nosotros y no les forzaremos a actuar contra su voluntad. Como me imagino que eres un enviado de tu gobierno, hazlo saber así a tus superiores. Ésta es nuestra última palabra.

El individuo vaciló un segundo. De súbito, su mano derecha se movió hacia la varilla que llevaba al costado, tratando de despegarla del cinturón del que pendía.

Estalló un disparo. Alcanzado en un hombro, Atsch—Jor giró sobre sí mismo y cayó al suelo.

—Debiera haber tirado a la cabeza —dijo Bramel, enfurecido. Movió la mano—. Lleváoslo, pronto.

Los acompañantes de Atsch—Jor cargaron con él, muy impresionados por el estampido del revólver. Sin pronunciar una sola palabra, se metieron dentro de la nave.

La escotilla se cerró y los escalones desaparecieron. Segundos después, la nave se elevaba hacia las alturas. Al llagar a unos treinta metros del suelo, inició un proceso idéntico al de su llegada, aunque inverso.

Un minuto después, no quedaba de la nave otro rastro que unas gotas de sangre en el suelo y la extraña varilla que Atsch—Jor no había tenido tiempo de emplear.

CAPÍTULO VII

C

omo sea que Zot—Bin tenía puesto todavía el casco traductor,

Arne lo juzgó como la más valiosa presa de la operación.

De repente, cuando apenas acababa la nave de desaparecer, Zot—Bin saltó hacia delante y se apoderó de la varilla, que colgó de su cinturón.

—Su empleo, para quien no sabe manejarla, puede ser peligrosísimo —explicó.

Prao dio un paso hacia Arne.

—Su actuación ha estado bien, en líneas generales —dijo—. Aunque, claro está, me hubiese gustado discutir un poco más con ellos.

—A mí me pareció que Atsch—Jor se había puesto en una tesitura irreductible. —Bajó la voz—. No lo hice sólo por proteger a la pareja, profesor. ¿Se imagina el interés científico que pueden tener para nosotros dos sujetos que han venido del futuro, situado a mil quinientos siglos de distancia en el tiempo?

El semblante del brasileño se iluminó.

—Sí, ciertamente; ha sido una excelente idea —aprobó—. Y ahora, yo voy a ponerme en contacto con las Naciones Unidas; debo emitir un informe completo de lo ocurrido y solicitar instrucciones.

—Conforme. Nosotros atenderemos a la pareja, profesor.

Prao se alejó en busca de Gómez, el radiotelegrafista. A continuación, Arne se volvió hacia Zot—Bin, quien todavía tenía puesto el fantástico casco traductor.

—Estaréis seguros entre nosotros —manifestó—. Cuando el público de esta era conozca la verdad de lo que os ocurre, no habrá hombre ni mujer que no sienta una viva simpatía hacia vosotros. Nadie querrá que Atsch—Jor os lleve a una época en la cual no estáis a gusto.

El semblante de Zot—Bien aparecía cubierto de sombras.

—En nuestra civilización hay armas poderosísimas —dijo—. Pueden causaros mucho daño por culpa nuestra y no nos gustaría que sucediese algo irreparable sólo por protegernos.

—Nosotros no somos mancos tampoco —declaró Bramel—. Pude haber matado a Atsch—Jor con toda facilidad, pero preferí herirlo, a fin de que se diese cuenta de que estamos resueltos a no entregaros.

Kavotchkin se golpeó el pecho en gesto desafiante.

—En lo que a mí se refiere —manifestó, estoy dispuesto a hacer

lo que sea para que esta linda joven se quede en el siglo XXI.

Y miró a Yeesha de tal forma, que la muchacha se ruborizó intensamente.

—Bueno —dijo Jovita—, pero ¿es que tan mal os va con vuestro actual gobierno, que os escapasteis de vuestra época y vinisteis a caer en la nuestra? ¿Qué clase de gobierno es, Zot—Bin?

—Contemplado objetivamente, no lo hacen tan mal del todo —respondió el interpelado—. Cierto que nadie pasa necesidad y que, hasta cierto punto, la humanidad del siglo MDXXI es feliz. Acaso nosotros nos sentíamos inconformes con el actual estado de cosas; deseábamos hacer algunas que, a pesar de estar prohibidas, no entrañan daño alguno y que son residuo de tiempos arcaicos...

—En suma, que queríais tener un poco más de libertad y ese programa no agradaba a vuestros gobernantes poco ni mucho —declaró Ivette, mirándole embobada.

—Sí, algo por el estilo —admitió Zot—Bin.

A un lado, Igor Kavotchkin y Yeesha se esforzaban por enseñarse el uno al otro los rudimentos de sus respectivos lenguajes, ya que, si bien Yeesha podía escuchar las palabras de su compañero, en cambio no podía pronunciar ninguna inteligible, por carecer de casco traductor.

A continuación, entablaron una animada discusión sobre política. De todo lo que se habló, Arne llegó a deducir que el régimen de gobierno de la Humanidad en el siglo MDXXI era, si bien justo, demasiado autoritario y coartaba la mayor parte de la iniciativa individual. Contra este estado de cosas se habían alzado Zot—Bin, Yeesha y sus cuatro compañeros muertos en el aterrizaje, viéndose obligados a huir al pasado.

—¿Y cómo consiguieron localizaros? Porque no es fácil hallar a unas personas que se escapan a ciento cincuenta mil años de distancia, bien sea en el futuro o hacia el pasado —preguntó Arne.

—Emplearon un aparato que puede examinar la superficie del planeta a través del tiempo —contestó Zot—Bin. Dudó un momento y luego dijo—: La traducción más aproximada sería cronoscopio.

—Cronoscopio —repitió Jovita—. No es una traducción aproximada, sino exactísima. Y, supongo, el aparato que utilizaron se llamará cronomóvil, puesto que se mueve a través de las edades.

—Así es —sonrió Zot—Bin.

—¡Vuestra civilización debe de ser adelantadísima! —exclamó Arne—. Hasta ahora, nosotros tenemos traductoras electrónicas, pero sólo de signos gráficos[2]. Sin embargo, no se ha conseguido construir una que traduzca los sonidos de un idioma. Porque tú hablas en el idioma de tu época y nosotros te oímos en el nuestro, ¿no es así?

—Cierto —reconoció Zot—Bin.

—Arne —dijo Jovita de pronto—, ¿cree usted posible que en mil quinientos siglos hayan cambiado tanto los signos gráficos y el lenguaje como para que nosotros no podamos entenderlos en absoluto?

—Desde luego —asintió el joven—. Usted habla el portugués pero, ¿sería capaz de entenderse con un oriundo de Portugal que hubiese nacido en la Edad Media? En lo que a mí se refiere, soy escandinavo, pero estoy seguro que no sabría hablar con un vikingo. El lenguaje cambia mucho y con excesiva rapidez, considerando como rapidez a unos cuantos siglos.

—Pero no la grafía de la escritura —adujo ella.

—Tengamos en cuenta que nos separan nada menos que ciento cincuenta mil años de la época de Zot—Bin y de Yeesha —manifestó Arne—. Son demasiados siglos para que la Humanidad no haya experimentado un cambio total y absoluto.

—No tanto, porque, en algunos lugares, todavía hay persecuciones por diferencias de pensamiento.

—Ése es un tema que requeriría largas horas de estudio —sonrió el joven—. A mí me gustaría más hacerle una serie de preguntas a Zot—Bin sobre su época y las cosas que tienen… y no digamos acerca del funcionamiento de su cronomóvil.

Zot—Bin facilitó de buena gana las explicaciones que deseaba Arne. El joven se quedó pasmado al comprender la facilidad con que aquellos seres podían desplazarse a través del tiempo. Sencillamente, consistía en una astronave que podía volar a velocidades grandísimas, incluso muchas veces superiores a la de la luz. Bastaba recorrer la órbita terrestre, en un sentido u otro, para adelantar o atrasar el tiempo, deteniendo luego el aparato al llegar a la época deseada. Entonces, la misma nave servía para explorar el planeta y aterrizar, si se deseaba, en algún lugar del mismo.

—Bueno, esto es el huevo de Colón —rezongó Arne. El

funcionamiento casi parecía absurdo a fuerza de sencillo—. ¿Por qué destruiste tu cronomóvil? —preguntó.

—No pensábamos volver a nuestra época —respondió Zot—Bin.

—Pudiste haber hecho lo mismo con el de Atsch—Jor —sugirió Jovita.

—Con los medios de que disponía, me resultaba imposible. Mi cinturón estaba ajustado exactamente a una determinada longitud de onda, la del aparato que nos trajo hasta aquí. No hubiera causado el menor daño al de Atsch—Jor... a menos que hubiera usado esta varilla —se tocó el extraño aparato que le pendía del costado—. Pero entonces se hubiera producido una tremenda explosión que habría arrasado absolutamente todo en varios kilómetros a la distancia.

—¿Qué aparato es ése? —preguntó la joven, devorada por la curiosidad.

—Diciéndolo con palabras de vuestra época, un vibrador atómico...

Prao llegó en aquel momento. Su frente aparecía llena de arrugas.

—¿Ocurre algo, profesor? —preguntó Arne, preocupado.

—Sí. —Prao lanzó un profundo suspiro—. He recibido orden de llevar a Zot—Bin y a Yeesha a la sede de las Naciones Unidas. Allí se discutirá su caso.

—Pero si no hay nada que discutir —alegó Jovita—. Son unos simples refugiados políticos, aunque vengan del futuro. Otorgarles un pasaporte es cuestión de simple trámite... Nuestro país lo haría en veinticuatro horas.

—Lo sé, lo sé... pero ahora no dependemos del gobierno brasileño, sino de las Naciones Unidas —contestó Prao—. Por otra parte, el gobierno del Brasil nos diría lo mismo. No hay otro remedio; deben ir a Nueva York.

—Supongo —dijo Arne—, que algunos de nosotros sí podremos acompañarles. ¿O también le han prohibido que vayamos a Nueva York para discutir el caso?

Kavotchkin se acercó, trayendo a Yeesha de la mano.

—Si las cosas se ponen feas, me llevo a Yeesha a Moscú. Mi gobierno la protegerá con uñas y dientes. Ella y yo nos gustamos... si alguno ha oído hablar del flechazo, que empiece a figurarse lo

que pasa entre los dos —declaró el ruso en tono tajante.

Ivette se agarró del brazo de Zot—Bin.

—Pues a mí no habrá nadie que me separe de este chico tan guapo. Ya pueden venir las Naciones Unidas con toda su tropa de cascos de todos los colores, que si entre Zot—Bin y yo no hay flechazo, me parece que no va a tardar ni tanto así. —Le miró arrobada—. ¿No es verdad, Binet de mi alma? ¿Te importa que te llame Binet? Es más cómodo, más bonito y…

—Basta —cortó Prao—. En efecto, no me han dicho nada acerca de quiénes pueden ir y no pueden ir a Nueva York, por lo que, en principio, no tengo inconveniente en que nos acompañen.

—A mí no me deja usted en la estacada, profesor —exclamó Jovita vivamente—. No olvide que soy su ayudante principal.

—Y en lo que a mí se refiere —declaró Arne—, estoy dispuesto a dimitir de mi empleo ahora mismo, si se me niega el derecho de ir con ustedes.

—Está bien, está bien —exclamó Prao, manoteando alborotado —. Vengan conmigo; a fin de cuentas, no causaremos daño a nadie y pueden ayudar mucho a esta pareja de refugiados del tiempo. Partiremos lo antes posible a Foz de Jutai y de aquí a Manaus, donde un avión especial nos recogerá a todos para llevarnos directamente a Nueva York. Empaquen sus cosas; no podemos perder un segundo de tiempo.

Los preparativos se realizaron con gran rapidez. Media hora más tarde, las siete personas estaban a bordo de uno de los vehículos que les llevarían hasta el borde del Riozinho, en donde tomarían la motora que les conduciría a Foz do Jutai. Mientras rodaban por el camino, un sendero practicado por el procedimiento de desbrozar la selva con lanzallamas, Arne formuló una pregunta a Zot—Bin.

—Encuentro extraño que, habiendo nacido en este planeta y poseyendo, como es notorio, una civilización adelantadísima, no hayáis conservado nada de épocas pasadas. Me explico que el lenguaje cambie, pero no los signos gráficos. ¿Cómo explicas tú eso, Zot—Bin?

El joven le miró un segundo. Luego, en tono natural, respondió:

—Es que nosotros no somos terrestres, Arne.

CAPÍTULO VIII

L

os titulares de todos los periódicos del mundo parecían estallar al anunciar las noticias.

Evadidos del futuro piden asilo político.
Fugitivos del siglo MDXXI escapan a la tiranía de su época.
Las Naciones Unidas deben concederles inmediatamente pasaporte de ciudadanos de la Tierra, siglo XXI.
¿Nos amenazan los ciudadanos del futuro?
¡Siglo XXI, defiéndete del MDXXI!

Las emisoras de radio y TV no se quedaban atrás en sus inflamados comentarios. Pero veinticuatro horas más tarde, los titulares cambiaban.

Anunciase desaparición de la Humanidad para el siglo CXXXV.
Una gran catástrofe destruirá todo signo de vida sobre el planeta en el año 13.446.

Y un comentarista chusco había escrito:

¡Qué suerte tenemos los hombres del siglo XXI!

Su optimismo era injustificado, pero él no lo sabia.

* * *

Arne Lund enseñó su pase no menos de media docena de veces a otros tantos controles, antes de llegar a la planta del hotel que había sido requisada para uso de ellos y de los evadidos del futuro, como ya se les llamaba familiarmente en todos sitios. Abrió la puerta y penetró en un amplio salón donde estaban todos, incluido el profesor Prao.

Seis rostros le contemplaron con inquisitiva atención.

Arne dijo:

—Mañana.

Kavotchkin tomó las manos de Yeesha.

—¡Por fin! —exclamó, alborozado.

—Ya iba siendo hora de que se resolviese vuestra situación —exclamó Ivette alborozadamente—. Voy a encargar a recepción que nos suban champaña para celebrarlo.

—No te adelantes —cortó Arne.

Ivette le miró, extrañada. Jovita dijo:

—Explícate, por favor, ¿quieres?

—¿Es que ahora van a hacer caso de algunos periodistas suspicaces que han dicho que todo esto es una fábula? —gruñó Prao irritadamente.

—No es eso —contestó el joven—. El informe que usted emitió, atestiguado por todos nosotros y con el aditamento irrefutable de las fotografías de Ivette, ha convencido plenamente a la Comisión de Seguridad da las Naciones Unidas. Pero...

Se detuvo un momento, pellizcándose nerviosamente el labio inferior.

—Pero ¿qué? —exclamó Jovita, que tenía los nervios a flor de piel.

—La Comisión de Seguridad ha acordado constituir una nueva comisión, que adoptará el nombre de Comité de Seguridad Temporal —declaró Arne.

—¿Y...? —preguntó Prao ávidamente.

—Parece ser que las amenazas de Atsch—Jor les han impresionado más que lo que podría convenirnos.

Un súbito silencio se desplomó de pronto sobre la habitación.

—¡Cómo! —estalló Jovita al cabo—. ¿Es que ahora no vamos a saber defender a dos personas que nos han pedido refugio contra la tiranía de su época?

—No es eso —contestó Arne—. El Comité de Seguridad Temporal... C.S.T., en abreviatura, estima que se deben conocer antes todos los detalles del caso. Los miembros del C.S.T., en suma, desean interrogar a fondo a Zot—Bin y a Yeesha. En buena lógica, se piensa que unos seres que no nacieron como nosotros, es decir, nuestros ascendientes, en el planeta, sino que proceden de un mundo muy distante; que llegaron a la Tierra varios cientos de siglos después de la catástrofe que la asoló, que llegaron a constituir una nueva, floreciente y adelantadísima civilización en los siglos siguientes, que son capaces, incluso, de desplazarse a través del tiempo, han de ser igualmente capaces de poder construir armas poderosísimas que quizá nos causaran graves perturbaciones si se decidieran a emplearlas contra nosotros. Más que el daño aún de las mismas explosiones, se teme a los estallidos de pánico.

—Está muy puesto en razón, pero el público se les echará encima. Todas las simpatías, hasta ahora, están en favor de mi Binet

y de Yeesha —declaró Ivette.

—¿De veras? —exclamó Arne—. Ya me dirás lo que pasa si Atsch—Jor y sus amigos nos atacan con armas desconocidas. El pueblo, ese ser de miles de millones de cabezas, del cual te sientes tú tan orgullosa, pedirá que devolvamos a su época a nuestros amigos, a fin de evitarse complicaciones... por no decir destrucciones de vidas y bienes.

Las palabras del joven causaron gran impresión por lo certero de los argumentos que envolvían. Yeesha, que había demostrado una gran capacidad para los idiomas y que había entendido la mayor parte de las frases pronunciadas por el sueco, se apretujó contra Kavotchkin, buscando protección instintivamente. Kavotchkin rodeó sus hombros con su brazo.

—Todavía están aquí y todavía no ha aparecido Atsch—Jor a reclamarlos —exclamó—. Esperaremos a que el C.S.T. adopte una decisión; después, tomaremos nosotros la que nos parezca mejor.

* * *

Cuarenta y ocho horas más tarde, los periódicos empezaron a publicar otra clase de noticias, aunque relacionadas con la llegada de los evadidos del futuro.

Habitantes del siglo MDXXI se presentan ante las Naciones Unidas, reclamando a los refugiados.

¿Crisis en el Consejo de Seguridad?

El Consejo de Seguridad estudia la petición de los habitantes del siglo MDXXI.

Violentas discusiones en el seno del Consejo de Seguridad.

Lo que muy pocos sabían, sin embargo, era que las discusiones se habían producido en el seno de la comisión conocida por Comité de Seguridad Temporal (C.S.T.), Comité cuya constitución no había llegado a oídos del gran público. Tampoco se sabía la mayor parte de lo tratado entre los miembros del C.S.T. y los representantes del gobierno del siglo MDXXI.

Arne Lund recordaba todavía la escena. Él, Jovita, Prao y los demás habían estado presentes, mientras Zot—Bin y Yeesha deponían ante los nueve miembros del C.S.T., cada uno de los cuales era de distinta nacionalidad. Entonces, cuando menos lo esperaban, se habían abierto las puertas de la sala, y Atsch—Jor, seguido por dos individuos, había penetrado en la estancia.

Atsch—Jor había formulado una petición de extradición en regla, incluso con documentos redactados de acuerdo con los formulismos del siglo XXI. Era curioso —y al mismo tiempo desconcertante— leer unos documentos que habían sido firmados ciento cincuenta mil años más tarde.

El C.S.T. había prometido dar una respuesta en el plazo de cuarenta y ocho horas. Uno de sus miembros, el birmano Shu Nai, había sugerido pasar el problema a la Asamblea General, pero tres miembros más, el inglés Kean, el español Ribera y el griego Kaleopoulides, se habían negado a ello, alegando disponer de la suficiente competencia para dictaminar definitivamente sobre el asunto de los evadidos del futuro.

El gran público no sabía que se había constituido el C.S.T. como una rama ejecutiva del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, cosa que se había mantenido en secreto por razones obvias. Tampoco sabía la masa ciudadana cuáles habían sido las últimas palabras de Atsch—Jor.

—Si denegáis la extradición, os destruiremos por completo. Primero, os haremos sentir el peso de nuestro inmenso poder, a fin de daros tiempo a reconsiderar vuestra decisión. En caso de que persistáis en el error, destruiremos todo signo de vida sobre el planeta. A fin de cuentas —añadió con acento negligente, pero que heló la sangre en las venas de cuantos le escuchaban—, en el siglo CXXXV se producirá una gran catástrofe que asolará vuestro planeta. Nosotros llegamos aquí unos dos mil años más tarde. Salvo por las bestias y animales salvajes y las plantas, el planeta estaba deshabitado. ¿Qué nos importa destruir la vida humana once mil años antes, si, de todas formas, cuando lleguen nuestras avanzadillas exploratorias en el siglo CLV ya no encontrarán indicios de vida humana inteligente? El resultado será el mismo para nosotros, ¿comprenden?

Si los habitantes del siglo XXI se hubiesen enterado de la amenaza de Atsch—Jor, el pánico se habría adueñado del planeta en pocos segundos.

CAPÍTULO IX

Los rostros de cuantos se hallaban en la habitación aparecían cubiertos de sombras. El silencio era denso, enervante; ninguno de los siete hablaba.

Arne Lund se paseaba con nerviosismo arriba y abajo de la estancia. Kavotchkin tenía entre sus manos las de Yeesha.

—No conseguirán separarme de ella —dijo el ruso de repente, con acento corajudo.

—Me dejaré arrancar el corazón antes que consentir en que se me lleven a Binet —exclamó Ivette.

Arne suspendió sus paseos. Se encaró con Zot—Bin.

—¿Crees tú que Atsch—Jor está en condiciones de cumplir las amenazas proferidas? —preguntó.

Zot—Bin movió la cabeza en gesto afirmativo.

—Sí —dijo en tono sombrío.

—Así que la vida se extinguió en la Tierra, hacia el año 13.446, aproximadamente; vida humana, me refiero —murmuró Arne como si hablase consigo mismo—. Y dos mil años después, es decir, alrededor del 15.400, llegaron al planeta vuestras primeras avanzadillas exploradoras.

—Así ocurrió —confirmó Zot—Bin.

—Eso significa —siguió Arne, en medio de la expectación general—, que necesitabais expansionaros, seguramente por el exceso de superpoblación.

—Cierto.

—¿Por qué se extinguió la vida humana en la Tierra en el siglo CXXXV? —preguntó Jovita, quien, como médico, estaba muy interesada en el tema.

—Lo ignoro —respondió Zot—Bin—. No pertenezco a la Clase de los Historiadores. Yo era ingeniero matemático, lo mismo que Yeesha.

Arne extendió la mano.

—Del siglo CLV al MDXXI hay mil sesenta y seis siglos de diferencia, es decir, ciento treinta y seis mil seiscientos años. En todo ese tiempo, la población primitiva debió de propagarse de modo extraordinario.

—Tenemos colonizados todos los planetas del Sistema Solar —respondió Zot—Bin—. El problema de espacio no existe para

nosotros.

—Nosotros aún no lo hemos resuelto del todo —rezongó Arne—. Zot—Bin, no te enojes por lo que voy a decirte, pero me hubiese gustado más que fueses historiador, en lugar de ingeniero matemático.

—¿Por qué? —quiso saber Jovita.

—Para saber las condiciones en que se produjo la llegada de las primeras avanzadillas exploratorias del pueblo de nuestros amigos —respondió Arne rápidamente.

—Y eso, ¿tiene algo que ver con el problema que nos ocupa? Arne, si el informe del C.S.T. es desfavorable, la historia de la Humanidad del siglo MDXXI nos importará un rábano —exclamó Ivette con rabia.

—Todavía no podemos asegurar nada. Cuatro de sus miembros son favorables a la extradición, en tanto que otros cuatro se oponen.

—¿Quién debe decidir? —preguntó Prao, silencioso hasta entonces.

—El italiano Nicoletti, presidente del Comité.

—¡Hum! —gruñó Kavotchkin—. Los italianos son muy poco dados a crearse problemas.

—Veremos —dijo Arne con cautela—. Todavía no se ha emitido un veredicto. Tienes razón en lo referente a los italianos, pero también se enternecen cuando ven a unos enamorados en dificultades.

—Supongamos que decretan la extradición —exclamó Ivette—. ¿Qué haríamos entonces?

—En lo que se refiere a mí —respondió Igor Kavotchkin—, ya lo tengo resuelto. Me llevaré a Yeesha. Ella está de acuerdo conmigo.

—¿Adónde? —preguntó Jovita.

—A una «datcha» (villa) que tiene mi madre a orillas del río Yurezan, no lejos de Kairovo, al pie de los Montes Urales. Mi madre está sola y nos acogería con grandísimo gusto.

—¿Y tú, Ivette? —preguntó Arne.

—París —respondió la francesa sin vacilar—. Diez millones de parisinos nos protegerían contra Atsch—Jor y sus sicarios. De todas formas, pensamos irnos, con que...

Zot—Bin movió despacio la cabeza.

—Es imposible resistirse contra las armas de nuestra época —

murmuró sombríamente—. Aunque el C.S.T. deniegue la extradición, tendremos que volver. Nuestra insistencia en permanecer en esta época podría causaros daños irreparables a escala cósmica.

—Un momento, un momento —pidió Kavotchkin—. Todavía no ha empezado a pasar nada y, por otra parte, yo no tengo ganas de que a Yeesha la frían a balazos contra un muro. Hace ciento y pico de años, eso pasaba en mi país con alguna facilidad, pero ya no ocurre, ni muchísimo menos. Yo estoy dispuesto a luchar por Yeesha con uñas y dientes, como sea.

—Imagínate que el C.S.T. aprueba la extradición. ¿Cómo conseguirías llevarte a Yeesha a la «datcha» de tu madre? —quiso saber Arne.

Kavotchkin se encogió de hombros.

—La delegación de mi país en las Naciones Unidas me apoyaría, digo yo... No lo sé, pero el caso es que me la llevaré. —Sus ojos brillaron con furia—. Por encima de todo, repito.

Arne miró a Jovita.

—Igor tiene razón —declaró la joven.

El timbre del visófono sonó de pronto. Arne corrió hacia la mesita en que estaba instalado el aparato y manejó la palanquita de contacto.

La imagen de Nicoletti, presidente del C.S.T., apareció de inmediato en la pequeña pantalla.

—Señor Lund —dijo—, esperamos la presencia de ustedes y sus amigos en la sede del C.S.T. Ahora mismo enviamos un helicóptero a la terraza de su hotel para recogerles.

—Muy bien, señor Nicoletti.

Arne cerró la comunicación. Su vista se paseó por los seis rostros que le contemplaban expectantemente.

—Bien —dijo—, ha llegado el momento. ¡Valor!

* * *

Cuando llegaron al edificio de las Naciones Unidas vieron la nave de Atsch—Jor detenida sobre la terraza y custodiada férreamente por dos docenas de guardias asignados al organismo internacional, todos ellos tocados con equipos de combate, metralleta electrónica al puño y rostros duros y hostiles.

El ascensor les condujo hasta la sala donde se reunía el C.S.T.,

cuya entrada estaba asimismo custodiada. Sólo el fotógrafo oficial de las Naciones Unidas pudo tirar algunas placas, para ser luego distribuidas entre las agencias informativas del mundo. Era una excelente precaución, que evitaba los tumultos y el barullo que se hubieran producido de otro modo.

Entraron en la sala. Los nueve miembros del C.S.T. estaban ya en sus sitios, detrás de la larga mesa tras la que habían deliberado durante interminables horas.

Atsch—Jor y sus dos acompañantes se hallaban a un lado. Sus rostros estaban hoscos, pétreos, ceñudos. Arne sintió al instante que la antipatía hacia el individuo aumentaba de grado.

Luego miró a los miembros del Comité, en cuyas caras no vio tampoco la menor expresión que pudiera indicarle la decisión adoptada. Sintió vergüenza de que fuese precisamente Ströjkem, su compatriota, quien formaba parte del C.S.T., uno de los favorables a la concesión de la extradición. Los tres restantes que opinaban como Ströjkem eran el chino Wang Lo Chang, el birmano Shu Nai y el checo Smarik. Kean, Ribera, Ben Derak y Kaleopoulides eran partidarios de denegarla. Faltaba la decisión presidencial de Nicoletti.

El silencio era absoluto. En medio de la expectación general, Nicoletti se puso en pie. Tenía unos papeles en las manos.

—Damas y caballeros —dijo—. Este Comité, en uso de las facultades que le han sido conferidas por la Asamblea General de las Naciones Unidas, habiendo estudiado a fondo el caso que nos ocupa y después de las pertinentes discusiones, en las que se han sopesado con minuciosidad todos los argumentos, tanto de la parte digamos acusadora, como de la acusada...

Arne contuvo el aliento. Por un instante, volvió los ojos hacia Jovita.

La hermosa brasileña tenía los ojos fijos en el presidente del tribunal. Sus labios estaban entreabiertos y su gallardo busto subía y bajaba acompasadamente, haciendo resaltar con turgentes curvas la tela de la blusa. Jovita percibió la mirada del joven y volvió los ojos un instante. Trató de sonreírle, pero sólo le salió una mueca desvaída.

—... este Comité, repito —continuó hablando Nicoletti—, ha resuelto denegar la petición de extradición formulada por el

llamado Atsch—Jor, en nombre del gobierno terrestre del siglo MDXXI y en contra de los llamados Zot—Bin y Yeesha, los cuales, a partir de este momento, quedan bajo la protección de las Naciones Unidas y del pueblo que habita en el planeta, en este año de gracia de 2.051. ¡Caso fallado!

El rostro de Atsch—Jor se convulsionó.

—Pagaréis esto bien caro —fue todo lo que dijo. Giró sobre sus talones y salió de la sala a grandes zancadas, seguido de sus dos acompañantes.

—¡*Pobieda*![3] —gritó Kavotchkin, abrazándose a Yeesha.

Ivette se colgó del cuello de Zot—Bin y lo besó con pasión.

—*Mon p'tit* —susurró—. Ya verás qué hermoso es París en primavera… y en luna de miel.

Arne y Jovita se miraron. El primero suspiró.

—Bien, ya han conseguido esas dos parejas lo que deseaban. Y ahora, ¿qué es lo que piensas hacer, Jovita?

—Vuelvo a Río. Descansaré una temporada —contestó ella—. Luego regresaré de nuevo a mi trabajo. ¿Y tú, Arne?

—Algo por el estilo. Tengo una hermana casada en Nynäsham, una pequeña ciudad costera situada a cincuenta y cinco kilómetros al sur de Estocolmo. Pasaré allí también una buena temporada de descanso, y, al mismo tiempo, aprovecharé para terminar de corregir el borrador de un libro que empecé s escribir hace ya un par de años.

Ella repuso:

—No sabía que fueras escritor.

—Es sobre temas científicos de mi especialidad —respondió Arne sonriendo—. Hace ya algún tiempo que me lo solicitaron de la Universidad de Upsala y debo cumplir el compromiso. —De repente, preguntó—: ¿Podré escribirte de vez en cuando?

Jovita se sonrojó ligeramente.

—Me disgustaría si no lo hicieras, Arne —contestó.

* * *

Las dos bodas se celebraron a los pocos días, con gran contento de todos y una extraordinaria algazara por parte de todos cuantos intervenían de algún modo en la publicidad de noticias: prensa, radio y TV. Después del banquete nupcial, cada pareja partió en su luna de miel hacia los lugares que ya habían elegido de antemano:

Zot—Bin e Ivette, a París; Igor y Yeesha, hacia Kairovo.

Prao y Jovita fueron despedidos en el aeropuerto por Arne Lund. Media hora más tarde, Arne tomó el avión que había de conducirle a su patria.

Durante todo el tiempo de vuelo, permaneció muy preocupado y no sólo por la separación de Jovita, hacia la cual se sentía bastante inclinado, sino por las amenazas de Atsch—Jor.

Si los hombres del siglo MDXXI pensaban llevar a cabo sus amenazas, ¿qué clase de armas usarían?

CAPÍTULO X

A

rne Lund regresó de su excursión a los bosques, cansado, pero en magnífica forma física y con un excelente apetito, pensando en la sabrosa comida que le tendría ya preparada su hermana.

Mientras se acercaba a la casa, situada en las afueras de Nynäsham, notó que hacía bastante calor, cosa rara en el mes de mayo en aquellas latitudes. Lo achacó al fuerte sol que brillaba en lo alto de un cielo impoluto, pero tenía la mente ocupada en otras cosas y no prestó demasiada atención al detalle.

Su hermana, una robusta joven de rostro agradable y cabellos resplandecientes, le recibió con una maliciosa sonrisa en sus labios.

—Noticias de la brasileña, Arne —le dijo, guiñándole un ojo.

El corazón del joven palpitó con fuerza.

—¿Dónde está la carta? —preguntó.

Su hermana se la entregó. Arne rasgó el sobre y leyó las líneas escritas con gran rapidez. Al terminar, sonrió ampliamente.

—¿Cuándo os casáis?

—Eh... ¿qué estás diciendo, Greta? —se sobresaltó el joven.

Ella le guiñó un ojo.

—A mí no me engañas, Arne —dijo en tono malicioso—. Ella es una chica muy bonita... y tú, bueno, ya es hora de que, a tus treinta y pico de años, empieces a pensar en dejar memoria de tu apellido. Ella podría colaborar contigo, ¿no crees?

Arne se sonrojó.

—Somos buenos amigos...

—Por ahí se empieza, querido —dijo Greta—. Además, simpatizáis bastante y, vamos, incluso diría que estáis enamorados el uno del otro. ¿Por qué no seguís el ejemplo de vuestros cuatro amigos?

Arne se rascó una mejilla con aire meditabundo.

—Me gustaría hablar con ella un poco más detenidamente... Sí, es una muchacha buena y muy hermosa, pero...

Greta frunció el ceño.

—Oye, Arne, a ver si ahora me vas a salir con tonterías de tipo racial. Jovita podría pasar en cualquier parte del mundo por una muchacha que ha tomado el sol con exceso... además, ese tono dorado de su piel, los ojos verdes y el cabello negro le confieren un aspecto exótico que a mí me agrada mucho. —Arne tenía en su habitación una gran fotografía de Jovita en colores naturales y Greta la contemplaba todos los días, cuando hacía la limpieza del cuarto—. Pero eso es lo de menos; si la quieres...

De repente, Greta se pasó un brazo por la frente.

—¡Uf, qué calor hace! Arne, ¿no te has dado cuenta de que hace más de dos semanas que no cae una gota de agua?

—Sí, es cierto —respondió él—. Pero estamos en primavera.

—No he visto nunca una primera en Suecia con quince días de sol sin una sola nube —respondió Greta—. Puedo admitir quince días sin llover, pero... sin una nube, brillando el sol como en el Sahara... Vamos, eso es cosa de aquellos sujetos que querían llevarse a vuestros amigos.

Arne se quedó mirando a su hermana.

—Greta, no digas tonterías —gruñó—. Dijeron de armas terribles, pero han pasado casi dos meses desde entonces y no hemos vuelto a saber más de ellos. Lo dijeron sólo para farolear y asustarnos, eso es todo.

—¡Hum! —contestó Greta. Y luego añadió—: Anda, ve a lavarte; comeremos dentro de quince minutos.

Una semana más tarde, el sol continuaba luciendo implacable en un cielo sin nubes.

* * *

Arne Lund recogió todos los papeles que había estado estudiando durante las cuarenta y ocho horas precedentes.

Reclinándose en el respaldo del sillón, se cogió el caballete de la nariz con dos dedos.

Algo estaba ocurriendo, no cabía la menor duda. Había compulsado las diferentes informaciones meteorológicas de las distintas partes del mundo y, mientras en algunas zonas llovía sin interrupción desde hacía semanas, en otras no se conocía el agua, excepto la de los ríos, mares o la del grifo de la cocina. Lluvias torrenciales en unos sitios y sequía en otros.

¿Era aquélla el arma que estaban utilizando los hombres del siglo MDXXI?

En tal caso, ¿qué catástrofes no se producirían?

Las sequías pronunciadas originaban incendios forestales. Las lluvias torrenciales causaban inundaciones.

Víctimas humanas en uno y otro caso.

Pero aún había algo peor.

Las diferencias de temperatura en los distintos estratos atmosféricos provocaban grandes movimientos de aire. Si el actual estado meteorológico se prolongaba, se originarían numerosos tornados en distintas partes del globo, con las consecuencias catastróficas que era de prever.

¿Cómo lo conseguían?

No era tan importante saber cómo lo conseguían, se dijo, sino averiguar el modo de evitarlo. Las mujeres, con su instinto, lo habían sabido adivinar antes... bueno, al menos Greta. Y lo que en un principio parecían sospechar debidas al instinto, empezaban a convertirse en realidades.

Tristes realidades.

La Tierra podía sufrir grandes cambios climáticos. Tanto la zona pluviosa como la de estiaje, se convertirían en inhabitables.

¿Qué ocurriría entonces?

Era fácil de imaginárselo.

Huidas en masa, migraciones de naciones enteras...

Desaparecería el orden. Estallarían las disputas.

Se instauraría la ley del más fuerte.

Pillajes. Saqueos. Asesinatos.

Y, al final, inhabitable el planeta, destrucción de la Humanidad.

Los animales, no todos, sobrevivirían. Al menos, las especies acuáticas, los reptiles y buen número de especies de aves.

Mamíferos se salvarían muy pocos.

Pero el hombre perecería.

Desaparecería.

* * *

Alargó la mano y movió la palanquita del visófono. Cuando apareció en la pantalla la operadora de llamadas de larga distancia, le facilitó un número.

Dos minutos más tarde se había establecido la conexión. El simpático rostro de Igor Kavotchkin apareció de inmediato ante sus ojos.

—¡Arne! —exclamó el ruso, muy contento—. ¡Amigo, qué alegría verte! ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y vosotros?

—Magnífico. Estupendo. Oye, ¿sabes que tenemos vivas sospechas de que una señora nacida dentro de ciento cincuenta mil finos va a tener un niño ciento cincuenta mil años antes de nacer ella?

—Igor, me parece que si no ponemos pronto remedio a las cosas, ese niño no podrá nacer —dijo el joven en tono grave.

Kavotchkin frunció el ceño.

—Oye, ¿qué te pasa? ¿Por qué te muestras tan fúnebre?

—¿Te importaría que fuera a haceros una visita? ¿Sigues aún en la «datcha» de tu madre?

—Por supuesto. Me han encargado que redacte una memoria acerca de la civilización del siglo MDXXI. Imagínate, escribir de una época que no ha llegado todavía... claro está, que lo hago a base del dictado de Yeesha. Ivette está haciendo algo parecido para su país. Lo estamos pasando muy bien, créeme.

—¡Cómo! —se sorprendió el joven—. ¿Es que Binet —sin darse cuenta le dio el nombre que la francesita había aplicado a su esposo — e Ivette están ahí?

—Sí, claro. Vinieron para una semana y ya llevan cuatro. Anímate, hombre, y ven tú también. Es un paisaje muy bonito; la orilla del río es encantadora y hace un tiempo espléndido, como no se había visto nunca en este mes.

—Lo mismo pasa por aquí, Igor —dijo Arne con intención—. ¡Demasiado buen tiempo!

La sonrisa se borró del rostro de Kavotchkin.

—¡Diablos! —Hizo una mueca—. Creo... creo que empiezo a comprender. ¿Cuándo vienes?

—Trataré de alquilar un cohete. Esperadme mañana para después del desayuno. Ah, ¿hay sitio para otra persona?

—Sí, claro. ¿A quién te refieres?

—Jovita Nunes. Ahora mismo le pondré un radiograma citándola para que acuda a tu «datcha».

—No se hable más. Te esperamos, Arne.

La pantalla se apagó. Arne reflexionó unos instantes. Después llamó a la central.

—Operadora, deseo enviar un mensaje urgentísimo a Río de Janeiro.

—Dirección del destinatario —pidió la operadora con voz monótona.

—Doctora Jovita Nunes, Instituto Amazónico. El texto es el siguiente: *Reúnete toda urgencia con nosotros «datcha» Igor. Deja todo; reunión gran importancia. Saludos, Arne Lund.* Cargue el importe en la cuenta del visófono NYN—332.

—Bien, señor.

—Ahora, póngame con Estocolmo, con alguna empresa que se dedique al alquiler de cohetes. Con piloto, desde luego.

—Sí, señor.

Al terminar de hablar, Arne subió corriendo a su habitación y empezó a echar prendas en un maletín. En diez minutos lo preparó todo. Bajó corriendo al salón y se despidió de sus hermanos.

—Volveré dentro de una semana —dijo.

—¿Adónde vas? —le preguntó su cuñado, mirándole por encima de las gafas, con las cuales se daba para leer en el periódico las últimas noticias sobre las catastróficas inundaciones de Australia. Arne le arrebató el periódico de un manotón.

—A arreglar el clima —dijo. Y salió disparado de la casa.

El esposo de Greta meneó la cabeza.

—Estos sabios —rezongó—. Siempre tan chiflados.

CAPÍTULO XI

El cohete aterrizó fuera del jardín que rodeaba la «datcha» de Kavotchkin. Igor, Yeesha, Zot—Bin e Ivette le esperaban ya con ansiedad.

Arne pagó el pasaje y saltó al suelo. El aparato despegó de nuevo en el acto. Estrechó las manos de sus amigos, en cuyos semblantes pudo apreciar la gravedad de las circunstancias.

—Tenías razón —dijo Kavotchkin—. Esos tipos han empezado a atacarnos. Pero vamos adentro; hablaremos mejor mientras desayunamos.

La madre del ruso, una anciana simpática, de cabellos blancos, le besó cariñosamente en ambas mejillas.

—Me alegro mucho de conocerte, hijo.

—Muchas gracias, señora. Mi placer es también muy grande… aunque hubiese preferido que se hubiera producido en mejor ocasión.

—No importa, no importa. —El «Nitchevó» sonaba suave en los labios de la anciana—. Ahora, vamos a desayunar, que ya es hora.

Se sentaron en torno a una mesa bien dispuesta. Yeesha había asimilado rápidamente las costumbres del siglo XXI y sirvió el desayuno con rapidez y pulcritud, no permitiendo que la madre de Igor se molestase en absoluto. Arne contempló a su amigo a hurtadillas y pudo darse cuenta de que a Igor se le caía la baba cada vez que ponía los ojos en su esposa.

Durante el desayuno apenas si hablaron. Al terminar, Igor se puso en pie.

—Vamos a mi cuarto de trabajo. Allí discutiremos la situación con más calma.

Arne preguntó:

—¿Habéis informado a alguien de nuestro descubrimiento?

—No —respondió Ivette—, aunque sospechamos que más de un gobierno debe de haberse olido ya la tostada… en algunos casos, una palabra exacta. ¿Piensas decir tú algo, Arne?

—Por ahora, no —contestó el joven—. Me bulle una idea en la cabeza, pero tengo que darle forma todavía. Ya hablaremos más adelante.

En el cuarto de trabajo de Igor vio un gran mapamundi colgado de la pared. Una línea negra, de grueso trazo, cruzaba la esfera

terrestre horizontalmente a la altura del ecuador.

—Hemos estado revisando las informaciones de los últimos días —explicó Kavotchkin—, llegando a la conclusión de que, en líneas generales la sequía se produce en el hemisferio Norte, en tanto que la zona de lluvias corresponde al hemisferio Sur.

»Por supuesto —agregó—, hay sequía en algunos sitios al sur del Ecuador y llueve en otros al norte de dicha línea, pero, en general, el trazo negro señala bastante bien la divisoria de ambas zonas. No cabe duda de que es un fenómeno en apariencia natural, pero que deja de serlo cuando se conocen los antecedentes. ¿Por qué llueve torrencialmente, por ejemplo, en los desiertos de Atacama, en Chile y Kalahari, en el sur de África, donde las precipitaciones son mínimas? A veces se pasan años enteros sin que caiga una sola gota de agua y ahora llueve allí hace más de dos semanas. ¿Por qué ha de haber sequía en zonas tan tradicionalmente lluviosas como la selva congoleña, la India, el Sudeste asiático o, simplemente, Escocia? No es época para que el sol luzca seguido, sin una sola nube, desde hace más de tres semanas, ni tampoco para que esté lloviendo sin parar durante casi un mes en otros sitios. ¿Te imaginas las catástrofes que esto puede ocasionar, Arne?

El joven encendió un cigarrillo. Expulsó el humo, asintiendo con gesto sombrío.

—Pronto empezarán los huracanes, como consecuencia de los desniveles de temperatura en las distintas capas atmosféricas —dijo —. Los ríos subirán de nivel en unos sitios, ya están subiendo, y en otros bajarán, algunos empiezan a secarse. Se producirán enormes movimientos migratorios, cundirán el pánico y el desorden…

Se volvió de pronto hacia Zot—Bin.

—¿Habrán empleado el cronoscopio para buscaros? —preguntó.

—Es posible, aunque también ha podido ocurrir que… —Se mordió los labios, nervioso, irresoluto.

—Vamos, habla, Binet —le acució impulsiva su esposa.

—Si la gente de esta época empieza a sospechar que, indirectamente, somos nosotros los causantes de esta catástrofe, exigirá que se nos devuelva al siglo MDXXI —manifestó Zot—Bin en tono sombrío.

—¡Ni hablar! —protestó Kavotchkin con gran vehemencia—. Yeesha se queda aquí, conmigo… Yeesha y lo que esperamos que

venga dentro de unos meses.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de la hermosa muchacha.

—Creo que... que tendremos que separarnos —gimió, abrazándole con fuerza.

—Todavía no estamos vencidos —exclamó Arne con firmeza—. Binet, ¿cómo diablos han podido producir estas alteraciones climáticas?

—Seguramente —respondió el aludido—, utilizando gigantescas varillas... los vibradores atómicos que traían pendientes del cinturón.

—¿Cómo es eso? —preguntó Arne, abriendo mucho los ojos.

—Traje conmigo aquél que les quité en el Brasil —declaró Zot—Bin—. ¿Queréis ver cómo funciona?

—Por supuesto.

—Bien, esperadme en el jardín.

Salieron fuera. En el mismo instante, vieron un cohete que se acercaba a la «datcha».

—¡Ahí está Jovita! —gritó Ivette con alegría en su voz.

Todos corrieron al encuentro de la hermosa brasileña. Naturalmente, el primero en llegar fue Arne.

El joven oprimió las manos de Jovita con efusión. Durante unos instantes, los dos estuvieron contemplándose en silencio.

De pronto, obedeciendo a un impulso instintivo, que ninguno supo reprimir, se confundieron en un estrecho abrazo.

—¡*Oh, l'amour*! —exclamó Ivette, con picardía.

Arne rodeó con su brazo el esbelto talle de la doctora. Jovita estrechó las manos de sus amigos.

—Me alegro de veros a todos de nuevo —dijo. Se volvió hacia Arne—. ¿Qué es lo que sucede?

Zot—Bin salía en aquellos momentos de la casa, con el vibrador atómico en la mano. Sonrió al ver a Jovita y la saludó con gran efusión.

—Ahora te lo contaré todo —dijo Arne—. Primero, Binet va a enseñarnos cómo funciona esa varilla.

—Explicaros sus mecanismos y construcción llevaría largos años, dado el estado actual de vuestros conocimientos científicos —manifestó Zot—Bin—. Espero que no os enojéis por ello y sepáis comprenderme.

—Al grano, al grano —dijo Kavotchkin impaciente—. Las cuestiones de orgullo, cuando la vida de miles de millones de personas está en juego, importan un rábano. ¿Cómo funciona ese chisme?

—Puede tener muchos usos —contestó Zot—Bin—. Por favor, será mejor que os pongáis detrás de mí... así, eso es. Mirad, éste es uno de los usos a que puede ser destinado.

Arne se fijó en las manos del joven. Zot—Bin tocó con los dedos algunos puntos de la empuñadura de la varilla. Luego, enfocó el extremo más delgado de la misma hacia un trozo de tierra situado a dos metros de distancia.

Una columna de humo se elevó al instante de aquel lugar. La tierra desapareció, volatizada por completo, y en su lugar quedó una hendidura de diez centímetros de ancho, por un metro de largo y otro tanto de profundidad.

—Podría hacer un agujero mucho mayor, si emplease más potencia —explicó—. Pero sólo se trata de una demostración.

—Sin embargo, la acción del vibrador no ha causado ni un calor excesivo ni una humedad susceptible de traducirse luego en precipitación acuosa —objetó Arne.

—Aguarda un poco —contestó Zot—Bin.

—Como perforadora de túneles, no tendría precio esa varilla —declaró Ivette, llena de admiración.

Zot—Bin tocó otros controles. Luego enfocó la varilla hacia un punto situado a un metro a la derecha del anterior.

—Esperad un poco —dijo.

El jardín había sido regado la tarde anterior. Cinco minutos después, las plantas situadas a la izquierda de la varilla aparecían cubiertas de rocío, en tanto que las situadas a la derecha empezaban a agostarse.

—¡Dios mío! —exclamó Jovita sin poder contenerse—. Ese vibrador... es capaz de delimitar las zonas secas y las húmedas, como si se trazase una raya con un lápiz en un mapa.

—Algo por el estilo —asintió Zot—Bin—. En realidad, lo que hace es expulsar la humedad de un sitio y trasladarla a otro.

—Lo cual significa que, mientras en un lugar, el vapor de agua es expulsado y su concentración en la atmósfera disminuye palpablemente, en otro, esa concentración aumenta hasta límites

inconcebibles —dijo Arne.

Zot—Bin confirmó:

—Exactamente.

—Muy bien. Pero tú lo has hecho en un sector de unos pocos metros cuadrados. La Tierra tiene una superficie de millones y millones de kilómetros cuadrados. No es tarea fácil provocar una evaporación intensiva en el hemisferio Norte y trasladar al Sur la resultante. En el hemisferio Norte, los vientos recalentados se desplazarán cada vez con más rapidez, provocando desastres sin cuento; en el Sur, las aguas subirán de nivel poco a poco, inundando las tierras y segando millones de vidas. Los casquetes polares se fundirán; el septentrional, por simple calor… y cuanto más calor, más vapor de agua se producirá y trasladará luego hacia el Sur. La Antártida, contra lo que pudiera parecer, sufrirá una considerable elevación de temperatura, debido a un régimen continuo de lluvias, que seguirán a las primeras e inevitables nevadas. Las lluvias, repito, aumentarán la temperatura, con lo que se fundirán los hielos polares de la Antártida… esa fusión se acelerará por un continuo régimen pluvioso sobre aquel continente y…

Arne respiró a fondo y se interrumpió.

—Has trazado un cuadro acertadísimo de lo que puede llegar a ocurrir, si no ponemos remedio a este desastre —manifestó Jovita. Se volvió hacia Zot—Bin—. Pero ¿cómo lo hacen?

—Me imagino que tienen una gran flota de astronaves orbitando en torno al Ecuador —contestó Zot—Bin. Levantó la varilla—. Cada nave dispondrá de varios vibradores gigantes, que estarán funcionando sin descanso…

—Y es imposible detectar a esas naves, porque, seguramente, dispondrán de deflectores de emisiones de radar, cosa que nosotros ya tenemos —apuntó Kavotchkin.

Ivette dijo:

—Pero pueden ser vistas; se necesitan cientos o quizá miles de naves para producir semejante alteración climática.

—Igor habló bien antes —contestó Zot—Bin—. Mencionó el antirradar, pero olvidó, porque es lógico que lo ignore, mencionar también lo que aquí se llamaría deflector refraccional, es decir, un aparato que desvía los rayos luminosos e invisibiliza, por tanto,

cualquier objeto.

—¡Muy bien! —exclamó Jovita—. Eso lo explica todo. Pero ¿no hay alguna manera de luchar contra Atsch—Jor y sus granujas?

—¿Quién mencionó antes algo acerca de una idea genial? —preguntó la francesita.

—Yo —repuso Arne.

Cinco pares de ojos se volvieron en el acto hacia el joven.

—Veamos esa idea —pidió Kavotchkin ávidamente.

Arne reflexionó durante unos momentos. Luego, volvió la vista hacia Zot—Bin y preguntó:

—Binet, ¿serías capaz de construir un cronomóvil?

CAPÍTULO XII

L

os desastres continuaban.

Sequía en el hemisferio Norte y lluvias en el hemisferio Sur.

Algunos empezaban ya a hablar de modificaciones en las condiciones climáticas del planeta. Se especulaba con una intensa actividad interna del Sol, no visible al exterior, y también con la posibilidad de un cambio de eje del planeta. Las suposiciones e hipótesis de todo género eran tantas como quienes disponían de algún medio para expresar la suya a alguien más que a su propia imagen ante el espejo.

Empezaban a cumplirse ya las lúgubres predicciones de Arne: ya se habían producido las primeras migraciones.

Los residentes en el hemisferio Norte se desplazaban hacia el Sur y viceversa.

De momento y según las noticias que recibían, los movimientos se referían únicamente a las personas de cierta posición económica. Pero no era difícil ver que muy pronto comenzarían los desplazamientos en masa, de hombres, mujeres y niños de toda clase, de cualquier color de piel, de cualquier nacionalidad…

El caos amenazaba al planeta.

Mientras tanto, en el jardín de la «datcha» de Igor Kavotchkin proseguían los trabajos para la construcción del cronomóvil, según

los datos e indicaciones de Zot—Bin, eficazmente secundado por Yeesha, la cual, pese a su incipiente estado de gravidez, trabajaba con ahínco, aunque, naturalmente, en las tareas menos pesadas. En realidad, su labor consistía en manejar una pequeña calculadora electrónica, que Igor había conseguido que le fuera prestada por un amigo suyo, director de un importante complejo industrial en Magnitogorsk.

Había transcurrido ya un mes desde la primera reunión. El calor era asfixiante.

Las aguas del cercano Yurezan habían disminuido muchísimo de nivel. Cuando llegaron, había lugares en que les cubrían; ahora, a duras penas alcanzaba su nivel a la rodilla.

Kavotchkin, activo e industrioso, había conseguido una gran tienda de campaña, debajo de la cual se construía el cronomóvil. En realidad, era la cubierta de un circo, dado el tamaño del cronomóvil.

A fin de financiar el coste del aparato, habían reunido todos sus ahorros. Arne, Jovita e Ivette se los habían hecho enviar al banco de Kairovo. Por otra parte, el ingeniero amigo de Igor le había suministrado gran cantidad de materiales a bajo precio, cosa que facilitó mucho sus propósitos.

Dada la elevada temperatura que reinaba, trabajaban todos con un mínimo de prendas, lo justo para salvar el decoro; los hombres iban con sandalias y pantalón corto, y las mujeres también con sandalias y pantalones cortos, más un corpiño. Incluso Jovita, que no había tenido en sus manos jamás un instrumento semejante, manejaba el soplete de oxiacetileno cuando la ocasión lo requería.

Había transcurrido un mes y el cronomóvil iba tomando forma. Todos estaban bajo la carpa, trabajando sin descanso, excepto Igor, que se encargaba del transporte de los materiales necesarios. Su madre era la que se preocupaba de las comidas y no dejaba de ir de uno a otro, ofreciéndoles una taza de té, un refresco o un bocadillo.

El ruido de un camión se escuchó de pronto. Arne cortó el aflujo de gas al soplete y levantó la máscara protectora. Su torso estaba brillante por la transpiración.

—Ah, ahí está —exclamó.

—Salgamos a ayudarla —dijo Jovita. Abandonaron la carpa. Bajo la lona, y pese a que había cuatro o cinco ventiladores de

grandes paletas que mantenían el aire continuamente en movimiento, reinaba una temperatura elevadísima. Pero salir de la lona al aire libre era como entrar en un homo de fusión de metales.

El sol, un cegador disco blanco amarillento, llameaba en un cielo sin una sola nube. Densas vaharadas de calor se elevaban de la tierra calcinada.

Igor hizo retroceder el camión, dejando su zaga casi a la entrada de la carpa. Sobre el espacio destinado a la carga traía varios bultos, uno de los cuales consistía en un enorme refrigerador, con capacidad suficiente para almacenar víveres para dos meses.

—No es necesario descargar el frigorífico completo —dijo Zot—Bin—. Bastará que desmontemos el equipo generador de frío. Podemos hacerlo a la noche, que hará menos calor.

—¿Para qué quieres un grupo refrigerador? —preguntó Arne.

—Se necesita gran cantidad de cobre. —Zot—Bin señaló la media docena de grandes rollos de alambre de dicho metal, de distintos calibres, que yacía sobre el suelo de la caja del vehículo—. Ya sabes que la conductibilidad del cobre aumenta más cuanto menor es la temperatura. En el cronomóvil es preciso mantenerlo siempre a bajo cero y por ello se necesita ese grupo refrigerador.

—Entiendo —contestó el joven—. ¡Igor!

Kavotchkin asomó la cabeza fuera de la ventanilla de la cabina.

—¿Qué hay, Arne?

—¿Has traído los periódicos? ¿Hay alguna novedad?

—Lo de costumbre, chico. Hasta ahora, por fortuna, nadie ha dicho una sola palabra de nuestros huéspedes.

Arne respiró, aliviado.

—Mejor que sea así —dijo.

Y se echó al hombro un rollo de hilo de cobre.

Temía que a algún periodista emprendedor se le ocurriese mencionar las catástrofes en relación con las amenazas de Atsch—Jor. Sabía que, inevitablemente, un día u otro no faltaría quien lo hiciese, pero mientras tanto, se esforzaban por terminar cuanto antes el cronomóvil. Estimaba que la idea que había concebido para eliminar la amenaza de una destrucción total de la Tierra era buena; lo importante, ahora, era llevarla a la práctica, antes de que fuese demasiado tarde.

Momentos después, habían desmontado toda la carga. Jovita,

bajo la supervisión de Zot—Bin, se dispuso a montar una especie de complicada rejilla tridimensional de cobre, según un módulo establecido en los planos trazados de antemano por Zot—Bin, ayudada por Ivette. Yeesha se hallaba en el interior de la casa, resolviendo unos complicados cálculos de altas matemáticas con ayuda de la computadora portátil.

Igor se quitó la camisa, que arrojó a un rincón, y tomó el soplete que había abandonado Jovita. Arne se puso el casco protector, pero no bajó la máscara.

Permaneció irresoluto durante unos instantes; luego dijo:

—Binet.

Zot—Bin levantó la cabeza.

—Dime, Arne.

—Hace días que estoy pensando en una cosa. Me gustaría que me resolvieses esta duda que tengo.

—Bueno, habla. ¿De qué se trata?

—Sencillamente, en vuestra época disponéis de un aparato explorador del tiempo, un cronoscopio.

—Sí, es cierto.

—¿Lo habrán usado para localizarnos? Si se enterasen de que estamos construyendo un cronomóvil, podrían surgir en cualquier momento y destruir nuestra labor en un santiamén con una descarga de sus vibradores.

—Es posible que sea así, pero no estoy seguro.

—¿Por qué?

—A nosotros supieron hallarnos en la selva amazónica porque habíamos dejado un rastro al viajar con nuestro cronomóvil. Ten en cuenta que era una máquina fabricada en aquella época y que todos los viajes a través de las edades quedan registrados automáticamente, por medio de un grabador conectado con el cronomóvil.

—Pero vosotros podríais haber desconectado el aparato que os enlazaba con esa central de control —sugirió Jovita.

Zot—Bin sacudió la cabeza.

—Eso es imposible. En primer lugar, la conexión está efectuada de tal forma, que si hubiésemos quitado o inutilizado el emisor de ondas de enlace, el cronomóvil no hubiera funcionado. Claro que se puede construir un cronomóvil sin tal emisor de enlace, así lo

estamos haciendo, pero desmontar el aparato y rehacer todos los mecanismos antigravitacionales y de propulsión y dirección nos habría llevado una cantidad de tiempo de la que no disponíamos en absoluto.

—Así que el cronomóvil que ahora estamos construyendo no está conectado con la central de control de cronomóviles del siglo MDXXI.

—Eso es.

—Pero vosotros corristeis el riesgo, sabiendo que podían localizaros cronoscópicamente —alegó Jovita.

Zot—Bin la miró de frente.

—Especulamos con la posibilidad de que nos dierais asilo entre vosotros, como así ha sucedido —contestó. De repente, hizo un gesto de desaliento—. Pero nunca supimos que el encono de nuestros coetáneos llegase a tanto.

—Sólo de quienes gobiernan esa era —adujo Jovita—. No creo que todos sean como Atsch—Jor y sus compinches.

—Es lo mismo...

De repente, Ivette dejó escapar un gemido. Palideció, se llevó una mano a la frente, empapada de sudor, y vaciló.

—Binet... —murmuró.

Jovita dejó el alambre que tenía en las manos y corrió hacia la muchacha.

—Ivette... Sostenla, Binet.

Arne e Igor se acercaron también. Jovita tomó la muñeca de la francesa y empezó a contar las pulsaciones. De pronto, emitió una suave sonrisa.

—Binet —dijo—, llévala a casa y que descanse todo el día de hoy. No es nada de particular... lo corriente en una mujer que lleva pocos meses de casada, según creo. ¿No es así, Ivette?

La joven se esforzó en sonreír.

—Sí, yo también lo creo...

—Después te haré un reconocimiento más a fondo. Ahora, tiéndete en un diván, en el sitio más fresco de la casa. —Miró a Zot—Bin con ojos llameantes—. Binet, si antes tenías un motivo para luchar por tu vida, ahora ese motivo es doble, ¿comprendes?

Zot—Bin levantó fácilmente en sus brazos a su esposa.

—Lo entiendo muy bien. —Inclinó la cabeza y besó a Ivette con

suavidad—. Querida, estaré siempre a tu lado, ocurra lo que ocurra.

Al marcharse la pareja, Arne suspiró.

—¡Qué envidia me dan! —dijo.

—No será porque no haya aquí quien esté deseando oír campanas nupciales —dijo Kavotchkin en tono malicioso.

Jovita se puso muy colorada.

—Nosotros...

Arne la interrumpió, pasándole una mano por el hombro.

—Nosotros nos casaremos dentro de muy poco, pero no quiero hacerlo sin antes haber terminado el cronomóvil. En estos momentos, lo primero debe ser la eliminación del gravísimo peligro que nos amenaza a todos.

—¡Ojalá lo consigamos! —exclamó Kavotchkin, lanzando también un fuerte suspiro.

CAPÍTULO XIII

E

l cronomóvil estaba terminado.

Brillante, pulido, reflejaba con singular intensidad los rayos de la Luna. Ciertamente, habían realizado una obra magnífica.

El día anterior, Arne y Zot—Bin habían efectuado un pequeño vuelo de prueba. Podían hacerlo, puesto que el aparato carecía de conexión con la central de control de vuelos cronológicos. La prueba había servido tanto para verificar su perfecto funcionamiento, como para instruir al joven en el manejo de los mandos.

Pese a que era de noche, la temperatura resultaba muy elevada. Apenas si se notaba diferencia con el día.

Vestidos únicamente con blusas y pantalones cortos, Arne y Jovita salieron de la «datcha». Jovita había insistido en realizar aquel viaje.

—Cualquier cosa que pueda ocurrirte, me pasará también a mí —había dicho con la firmeza de una mujer enamorada, ante lo cual Arne no había tenido más remedio que ceder.

También sabía manejar el casco traductor, que Zot—Bin ajustó

con sumo cuidado a la cabeza y cuerpo de Arne.

—Siento no haber tenido tiempo para haber fabricado otro —dijo—. Además, se necesitaban ciertos materiales costosísimos de obtener en este siglo, por no decir imposibles.

—No importa —contestó Arne—. Jovita y yo nos arreglaremos con lo que tenemos.

Yeesha salió de la casa en aquel momento.

—Os olvidáis de los cinturones —dijo, entregándoles los que ella y Zot—Bin traían puestos en el momento de su llegada.

Arne y Jovita se los ciñeron. Uno de los objetos de los cinturones consistía en la anulación del campo energético de los vibradores.

Se despidieron de las dos parejas.

—Cuando regresemos —dijo Arne, me gustaría que tuvierais todo preparado para nuestra boda.

—Mi madre tiene un primo que es pope en la nueva iglesia de San Pedro, de Kairovo —sonrió Igor—. Un día de viaje, otro de estancia en el siglo MDXXI y otro de vuelta. Estaremos esperándoos con el altar ya preparado.

—Pero todavía no nos ha dicho cuál es su plan —se quejó Ivette.

—Lo sabréis a mi vuelta —contestó Arne con firmeza en su voz.

Igor exclamó:

—¿Y si no volvierais?

—Entonces, no haría falta ningún plan, porque ya no habría tiempo de detener la catástrofe. ¿Vamos, Jovita?

Subieron a la nave y se sentaron en los dos sillones delanteros de la cabina de mando. Arne manejó el interruptor de cierre y los escalones desaparecieron, al mismo tiempo que la escotilla les aislaba del mundo exterior.

Pulsó otro botón. El cronomóvil se levantó suavemente, quedando suspendido en el aire. Un nuevo control puso en funcionamiento el deflector de rayos visuales, con lo que el vehículo empezó a hacerse invisible.

Segundos después, Arne conectó el propulsor orbital, previa la marcación del rumbo y velocidad correspondientes. La velocidad era la máxima, pero el moderador impedía una brusca aceleración, que hubiese podido tener consecuencias harto desagradables.

Aunque no podían ser vistos, sí estaban en condiciones de ver lo que sucedía debajo de ellos. Un minuto después de haber puesto en

marcha el aparato, la Tierra se alejó a velocidad vertiginosa.

Quince minutos más tarde, habían perdido de vista el planeta. Las primeras órbitas serían recorridas a una velocidad relativamente moderada; a pesar de todo, cuando cubriesen la primera, ya no verían la Tierra.

Arne extendió su mano. Jovita correspondió con una suave presión de la suya.

En silencio, sin pronunciar una sola palabra, se dijeron todo cuanto tenían que decirse.

El tiempo empezó a pasar con lentitud.

¿Volverían a su época?

¿Podrían salvar a la Humanidad del desastre que aguardaba?

No estaban en condiciones de evitar una exterminación total de la raza humana, como la que se iba a producir dentro de unos pocos miles de años; acaso era Voluntad Divina que la catástrofe se consumase en la época que ya les era conocida.

Pero, en cambio, sí podían hacer todo lo posible para salvar de la muerte a sus coetáneos.

* * *

El cronomóvil empezó a perder velocidad.

Arne consultó el indicador de tiempos. Las agujas de sus distintas esferas se movían rápidamente, acercándose a los puntos señalados de antemano.

Una gran excitación invadía a los dos jóvenes.

Habían transcurrido ya veinticuatro horas desde que despegaron del agostado jardín de la «datcha». El pensamiento de que en tan corto espacio de tiempo habían recorrido mil quinientos siglos les tenía inquietos y desasosegados.

El selector posicional les condujo automáticamente al lugar que les había indicado Zot—Bin.

Mientras perdían altura con gran lentitud, contemplaron, fascinados, el asombroso panorama de la colosal metrópoli que se extendía bajo sus pies. Les parecía mentira haberse trasladado en tan corto tiempo a una época situada a ciento cincuenta mil años de distancia de la suya.

Acaso los edificios no eran tan altos como los clásicos rascacielos de finales del siglo XX. En cambio, sus formas eran por completo revolucionarias, audaces hasta el máximo, de una belleza y

magnificencia realmente esplendorosas. Atrevidos puentes salvaban las soluciones de continuidad entre los edificios; caminos de audaz trazado se enroscaban a veces en torno a una torre elevadísima, y las calles, según podían ver, tenían niveles distintos, a fin de facilitar el tránsito, aunque ninguno de sus pisos coincidía en plano vertical con el inferior, a fin de facilitar, calcularon, un mejor acceso de la luz y el sol.

Una cosa les extrañó sobremanera: la ausencia casi total de tránsito rodado. A juzgar por lo que podían ver, las gentes de aquella época se desplazaban por medio de suelos móviles. Zot—Bin les había dicho que para desplazamientos más rápidos usaban vehículos tipo monocarril, suspendidos por interminables hileras de postes o también ferrocarriles subterráneos, según la descripción de Zot—Bin no podían llamarse estrictamente de aquella manera, aunque era el nombre que mejor les cuadraba, dado el uso a que estaban destinados. Desde allí, sin embargo, no se veía ninguna línea de monocarril ni nada parecido.

El cronomóvil se detuvo en la terraza de un enorme edificio de unos ciento cincuenta metros de altura. Arne cortó todos los contactos y, lanzando un profundo suspiro, se reclinó en el asiento.

—Bien —dijo—, ya hemos llegado al siglo MDXXI.

—Con tal de que nos permitan volver…

—Nos permitirán volver —exclamó Arne.

—¿Cómo puedes asegurarlo? —inquirió ella, extrañada.

—Tengo motivos para ello —sonrió Ame—. Su orgullo es el principal, por no decir el único.

—¿Su… orgullo?

—Sí. Prácticamente, pueda afirmarse que nos desprecian. Se creen superiores a nosotros, y en cierto modo lo son. Pero esa creencia puede serles fatal, porque olvidan o quizá desconocen el sobado refrán de que no hay enemigo pequeño. Hablando un tanto metafóricamente, puede decirse de Atsch—Jor y los suyos algo de lo que se dice del que comete un crimen perfecto en las novelas policíacas; ata todos los cabos, a fin de que su delito no sea descubierto, pero deja uno suelto, el de menor importancia, por lo general, que es el más fácil de descuidar, con lo que el detective héroe de la novela descubre infaliblemente al autor del crimen.

—Y tú opinas que Atsch—Jor y los suyos se han dejado un cabo

suelto.

—Eso es lo que pienso.

—¿Cuál?

—Mira, ya vienen a buscarnos. Vamos afuera —exclamó Arne, eludiendo la respuesta que Jotita deseaba escuchar.

Media docena de hombres, vestidos y equipados como habían visto meses antes, acababan de aparecer por una esquina de la terraza y se dirigían hacia el cronomóvil. Arne se puso en pie y, tomando la mano de la muchacha, salió al exterior. Cerró la puerta por medio del cinturón de control y luego esperó a que el jefe de aquella pequeña escuadra se les acercase.

—¿Quiénes sois y por qué aterrizáis en un sitio donde está prohibido? —preguntó en tono desabrido.

—Me llamo Arne Lund. Ésta es la doctora Jovita Nunes —dijo el joven con calma—. Los dos venimos del siglo XXI.

Ninguno de los hombres hizo el menor movimiento de sorpresa. Arne pensó que o bien estaban ya advertidos o bien esperaban su llegada un día u otro.

—¿Y...? —dijo el jefe de la escuadra.

—Deseamos hablar con el Coordinador de la Décima División de Cronoviajes —contestó Arne, usando el título que Zot—Bin le había dicho poseía Atsch—Jor.

—Muy bien. Yo soy Teth—Idal. Seguidme.

Teth—Idal giró sobre sus talones y echó a andar.

Sus hombres abrieron paso a la pareja en silencio, pero luego se colocaron a sus espaldas. Un poco temerosa, Jovita se agarró al brazo de Arne.

Descendieron por un ascensor hasta un nivel que no fueron capaces de calcular. Luego, Teth—Idal les condujo a una amplia habitación, amueblada con sobriedad, en las que les dejó, diciéndoles que debían esperar unos momentos.

Curiosa, Jovita paseó la mirada en torno a ella.

Los muebles eran de un diseño muy audaz y estaban fabricados con un material que no era hierro ni madera.

—Posiblemente —Arne adivinó sus pensamientos—, han sido fabricados con un conglomerado de fibras a presión.

Jovita se sentó en un vasto sillón y probó sus muelles.

—Un poco duros —dijo, haciendo una mueca de disgusto.

Arne se acercó a un gran ventanal, desde el cual se descubría una impresionante panorámica de la ciudad. A lo lejos, divisó una gran cadena montañosa, cuyas cimas aparecían bastante redondeadas por la erosión, aunque a buena altura. Le costó gran trabajo reconocer los Urales y el darse cuenta de la transformación operada en la cordillera durante mil quinientos siglos, a consecuencia de la acción erosiva de los agentes naturales, le arrancó un silbido de admiración.

Una voz sonó de pronto en la estancia, arrancándole a sus pensamientos.

—¿Y bien? —dijo Atsch—Jor—. Ya estoy aquí. ¿Para qué me queréis?

Atsch—Jor sonreía con un aire de superioridad que no agradó al joven en absoluto. No obstante, pudo dominarse.

Al fin dijo:

—Hemos venido a pediros que suspendáis vuestra acción destructora contra nuestro tiempo. Puesto que, en cierta ocasión, fuiste el representante de vuestro gobierno ante el nuestro, hemos estimado lógico dirigirnos a ti en primer lugar, para que transmitas nuestra petición a tus superiores.

La sonrisa no se borraba de los labios de Atsch—Jor.

—Así que venís a pedir clemencia —dijo en tono despectivo.

—Hasta cierto punto —admitió Arne.

—Esa clemencia se hubiera podido conceder si hubieseis cumplido con el primer requisito, la primera condición que debe ser llevada a la práctica, para que, entonces, veamos de considerar vuestra petición —respondió Atsch—Jor.

—Me imagino —manifestó Arne—, que te refieres a la extradición de Zot—Bin y de Yeesha.

—Exactamente.

—Podría hablarte —dijo Arne sin alterarse— de las ideas de nuestro siglo acerca de la libertad individual humana, pero, para mí, creo que eso sonaría a música celestial en tus oídos. En lugar de ello, te diré que, puesto que te muestras tan irreductible, seguramente, tanto por propia opinión como por indicación superior, nosotros tenemos también armas que, bien empleadas, pueden dar al traste con vuestra civilización.

—No irás a decirme que estáis en condiciones de evitar los

fenómenos meteorológicos que ahora se están produciendo en vuestra era —contestó Atsch—Jor en tono desdeñoso.

—No puedo asegurar nada, porque no lo hemos intentado. Sin embargo, como sabemos la forma en que lo estáis haciendo, ¿te imaginas que nos sería de gran dificultad enviar a las alturas, allá donde vuestras naves orbitan con sus vibradores gigantes, grandes cantidades de cohetes con bombas termonucleares? Por desgracia, que en este caso sería fortuna, poseemos aún grandes reservas de tales armas, y, ¿qué mejor modo de utilizarlas que estableciendo un cinturón de fuego en torno a las órbitas que siguen vuestros cronomóviles? Pero ésa sólo sería una solución momentánea, porque al poco tiempo volveríais a la carga. No —exclamó Arne con calor—, la forma en que evitaremos estas catástrofes que se van a producir es muy distinta y terriblemente drástica. ¡Si vosotros persistís en destruir la humanidad de nuestra época —concluyó el joven, con voz tonante—, nosotros destruiremos la vuestra!

Atsch—Jor pareció impresionarse unos instantes por las enfáticas palabras de Arne. No obstante, se rehizo bien pronto.

—No podréis hacer lo que has anunciado —declaró—. Nuestra decisión no variará. —Y, sonriendo con aire de superioridad, añadió —: ¿Acaso pensáis trasladar a esta época toda una flota de astronaves, provistas de bombas atómicas?

—¿Tenéis entre vosotros investigadores que se dediquen al estudio de la historia de nuestra literatura?

—Sí, claro que sí —contestó Atsch—Jor, muy asombrado por la inesperada pregunta del joven.

—Muy bien. Entonces, busca al más sabio de todos ellos y pídele que te explique la historia de un gigante con los pies de barro. Porque eso y no otra cosa sois vosotros, pese al desatentado orgullo que late en todas y cada una de tus palabras.

CAPÍTULO XIV

A

rne Lund contempló con fijeza los rostros de sus amigos.

—Así que de este modo es cómo están las cosas —declaró, a su

vuelta del siglo MDXXI.

El ambiente era tenso, sombrío.

—Bien —dijo Igor de pronto—. Creo que es hora ya de que nos expliques cuál es tu plan. Si hemos de lanzar un ataque contra el siglo MDXXI, es preciso hacerlo cuanto antes. Las situaciones en la Tierra se está tornando cada vez peor; antes de un mes ocurrirán catástrofes sin cuento y, en pocos más, no quedaremos ninguno para contarlo.

—Antes de decir ni de hacer nada, me gustaría hablar a solas con Binet y Yeesha. Necesito adquirir muchos datos de su época, a fin de concretar bien los menores detalles de mi idea. —Miró a los mencionados—. ¿Vamos?

Se puso en pie y se dirigió a una habitación contigua. Zot—Bin y Yeesha le siguieron en el acto. Al quedarse solos, Arne preguntó:

—Binet, Yeesha, ¿seríais capaces de construir con la mayor rapidez posible un cronoscopio?

Los dos jóvenes se sorprendieron, pero acabaron por contestar afirmativamente.

—Desde luego —dijo Zot—Bin—. Aquí, en la Tierra, tenemos los elementos básicos: pantallas de tubos catódicos. La de un simple televisor podría servir.

—Gracias. —Arne se acercó a la puerta, la abrió y exclamó—: ¡Igor!

—¿Qué quieres, Arne? —preguntó Kavotchkin.

—¿Tienes algún amigo que pueda facilitarte tres metralletas electrónicas y algunos cargadores de repuesto?

—Desde luego.

—Entonces, ve a buscarlo donde sea. Procura estar de vuelta antes de veinticuatro horas.

Y sin más, cerró la puerta, enfrentándose de nuevo con la pareja de evadidos del futuro.

—Binet, Yeesha, vuestras primeras avanzadillas exploratorias llegaron aquí un par de miles de años después de haberse extinguido la vida humana en el planeta.

—Sí, es cierto.

—¿Qué hubiera pasado si hubiesen hallado indicios de vida inteligente en la Tierra?

—Nada. Se habrían vuelto por donde vinieron. En su informe

hubieran declarado que no se podía colonizar el planeta. Entonces, y aun ahora, la regla general es no colonizar un planeta que esté deshabitado por seres con un mínimo de inteligencia. Todo lo más que se hace, si ellos lo desean y se estima necesario, es ayudarles a desenvolverse, pero no en todos los casos y menos cuando los aborígenes muestran hostilidad. Bueno, al menos eso es lo que se hacía en la época en que llegaron aquí nuestros primeros exploradores.

—¿Es que piensas trasladar a la gente de esta época al siglo CXXXV? —preguntó Yeesha, asombradísima—. Se necesitaría una cantidad de cronomóviles realmente fabulosa.

Arne se echó a reír.

—¡Oh, no, en absoluto! Aparte de que no hay ya tiempo material de construir ni un cronomóvil más, el pánico que se originaría sería espantoso. Todo el mundo querría huir al futuro para escapar a estas catástrofes... No, mi plan es mucho más sencillo.

—¿Cuál? Explícate, por favor —rogó Zot—Bin.

—En nuestro siglo tenemos una palabra muy especial y que define en exactitud una determinada situación. La palabra es chantaje.

* * *

Kavotchkin vino al día siguiente con las tres metralletas electrónicas y unos objetos que Arne le había encargado también. El ruso estaba por completo desconcertado ante la petición formulada y no entendía en absoluto las intenciones de su amigo.

—¿Es que pretendes trasladarle al siglo MDXXI y pasarlos a sangre y fuego? —preguntó.

—En absoluto —sonrió el joven—. Pero nunca está de más tener unas cuantas armas a mano. ¡Ivette!

—Dime, Arne —contestó la francesita.

—¿Qué tal tu filmadora?

—Bien, en perfecto estado.

—¿Tienes también un proyector?

—Desde luego.

—Tenlo todo a punto; lo necesitaremos dentro de pocos días.

Intervino Jovita.

—Nos gustaría conocer tu plan de una vez, Arne —dijo—. A Zot —Bin y a Yeesha les hablaste de chantaje, pero ¿qué prenda tienes

tú que puedas usar para forzar a Atsch—Jor y a los hombres de su tiempo para obligarles a desistir de su acción contra nosotros?

Arne explicó su plan con todo detalle.

—La idea tiene un inconveniente —manifestó Kavotchkin.

—¿Cuál, Igor?

—Que entonces se producirá una alteración cronológica...

—¿Un cronoclismo? —sugirió el joven sonriendo.

—Sí, la palabra lo expresa correctamente —admitió Kavotchkin —. Pero, si haces lo que has dicho, corremos el riesgo de que ni Binet ni mi esposa lleguen a nacer.

—No lo creo —contestó Arne.

—¿Por qué? —quiso saber Jovita.

—Porque tanto Binet como Yeesha se hallan ya en una situación de intemporalidad con respecto a su época. Ahora ya son seres de la nuestra, como los tripulantes de las naves que orbitan con los vibradores. Todos han sido arrancados a su tiempo, a una invariable línea temporal que se está trazando sin descanso hacia el futuro. El cronoclismo que yo provocaría ya no les afectaría a ellos, puesto que se han salido de esa línea que se prolonga infinitamente hacia el futuro. Si los hombres del siglo MDXXI quieren evitar esa catástrofe, tendrán que hacer lo mismo que dijo ayer Yeesha: construir una cantidad incalculable de cronomóviles y retroceder hasta nuestra época o, por lo menos, hasta otra anterior a la que pienso trasladarme apenas haya construido Binet el cronoscopio. Pero ni nosotros ni ellos estamos en condiciones de resolver la situación por medio de evasiones temporales, al menos, evasiones masivas, y con eso es con lo que yo cuento para mis planes.

—Muy bien —exclamó Jovita—. Se producirá el cronoclismo... pero las naves continuarán orbitando en torno al planeta y acentuando cada día la catástrofe.

Arne sonrió.

—Destruir esas naves por medio de un cinturón de bombas termonucleares no resultaría difícil. Además, son humanos, están sujetos a necesidades... tendrán que descansar de cuando en cuando, aprovisionarse de comida, bebida... Pero si les amenazamos con destruir por completo la civilización del siglo MDXXI y ellos se darán cuenta de que estamos en condiciones de hacerlo, cederán y dejarán en paz a nuestros amigos.

Igor se rascó la cabeza con gesto dubitativo.

—Ojalá salga todo como dices, Arne —murmuró—. De lo contrario… me veo pero que muy mal, puedes estar seguro de ello.

—Cuando me despedí de Atsch—Jor le dije que estudiase la historia del gigante de pies de barro —sonrió Arne—. Espero que lo haya hecho ya. Eso le habrá dado mucho que pensar.

* * *

La astronave se detuvo al borde de un espeso bosque, una de las portezuelas se abrió y cuatro o cinco hombres saltaron fuera.

Entonces, salieron del bosque tres líneas humeantes, como sendas estelas de cohetes de pequeña velocidad. Dos de las líneas se detuvieron a los pies de los recién llegados, estallando acto seguido con sordos estampidos. La tercera penetró directamente en la nave a través de la escotilla.

Una espesa humareda ocultó la nave durante unos momentos. Cuando se disipó, los cuerpos de los astronautas desembarcados yacían por tierra.

—¡Vamos! —gritó Arne, saliendo de su escondite.

Igor y Zot—Bin, cada uno de ellos armado con su correspondiente metralleta electrónica, echaron a correr hacia donde yacían los astronautas, profundamente dormidos como consecuencia de haber respirado los gases narcóticos. Ivette, mientras tanto, tomaba puntual nota gráfica de lo que pasaba mediante su cámara cinematográfica.

Un cuarto de hora más tarde, siete hombres, todavía dormidos, estaban bien atados a otros tantos árboles. Arne hizo que Ivette no descuidase ni una sola escena de su acción. Cuando terminó le tomó la cámara.

Paseó la vista por los rostros de sus amigos. Al hablar, su tono era inusitadamente grave.

—No es necesario que os dé nuevas instrucciones —dijo—; todos vosotros sabéis lo que debéis hacer. Tan sólo deseo recordaros que no debéis permitir que ningún sentimiento os desvíe de lo que hemos acordado hacer.

Kavotchkin palmeó la culata de su metralleta electrónica.

—Deja que yo me encargue del asunto, Arne. Ve tranquilo y no te preocupes por nosotros.

Jovita le tomó por un brazo.

—Quisiera ir contigo —rogó.

—Esta vez, no. Puede ocurrirme cualquier cosa… aunque confío en que todo saldrá bien. ¡Hasta la vista!

Echó a correr hacia el cronomóvil que tenían escondido en la parte más intrincada del bosque. Momentos después, se lanzaba a través del tiempo en busca del siglo MDXXI.

* * *

Los ojos de Atsch—Jor se posaron con aviesa expresión en el rostro del joven.

Arne Lund soportó estoicamente el escrutinio del individuo.

—¿Me has mirado ya bastante? —preguntó.

—¿Qué es lo que quieres ahora? —dijo Atsch—Jor en tono arisco—. Creí que todo estaba hablado ya entre nosotros.

—Entre tú y yo es posible; pero entre tus superiores y yo, no. Es con ellos con quienes deseo entrevistarme, así que trata de conseguirme una audiencia con ellos lo antes posible. Sólo te diré una cosa: el riesgo de destrucción del siglo MDXXI aumenta a medida que transcurren los minutos. Puede que os creáis muy superiores a nosotros, pero vuestros pies siguen siendo de barro.

El rostro de Atsch—Jor se coloreó. Arne sonrió para sus adentros; era evidente que el sujeto se había preocupado de conocer aquella interesante historia.

—Debí haberos matado entonces y no permitir que volvierais a vuestra época —rezongó Atsch—Jor de mal talante.

—En efecto, es una posibilidad que tuve en cuenta —admitió Arne—. Pero especulé con vuestro inmenso orgullo, esa desatentada vanidad que os lleva a creeros infinitamente superiores a todos nosotros. Permitiste que volviéramos a nuestra época, creyendo que mis palabras no eran sino una simple baladronada y eso, amigo, puede seros fatal.

Las palabras del joven parecieron impresionar a Atsch—Jor. Arne se dio cuenta de que la seguridad de su antagonista empezaba a flaquear. Pese a todo, mantuvo el rostro impasible.

—¿Qué es lo que tienes ahí? —preguntó de repente Atsch—Jor, señalando una especie de maletín que Arne había llevado consigo.

—Enseñaré su contenido cuando me lleves ante los hombres que componen tu gobierno —respondió Arne en tono firme—. Ni un minuto antes… —Consultó su reloj—. Y te advierto que, para que

este siglo desaparezca por completo con todos vosotros, sólo faltan cuatro horas y algunos minutos. Date prisa —le intimó, con áspera urgencia.

Sesenta minutos después, Arne se hallaba en una vasta habitación de severo decorado, frente a diecisiete hombres sentados en semicírculo.

Las edades de los componentes del que Atsch—Jor había calificado como, con palabras del siglo XXI, Rectoría Suprema de la Tierra, oscilaban. Había ancianos que apenas si podían tenerse en pie y jóvenes de expresión altiva y fanfarrona; hombres de mediana edad y expresión placentera y malhumorados individuos que bordeaban ya los límites de la senectud. Un denominador común les unía: el odio y el desprecio hacia el intruso que osaba amenazarles con la más completa destrucción.

El Primer Rector era un sujeto de unos setenta años, alto y fuerte todavía, sin embargo. Sus ojos brillaron con desdén al contemplar a Arne.

—¿Eres tú el hombre que piensa destruir nuestra época? —preguntó.

—Sí —contestó Arne con voz firme—. Y lo haré, a menos que se dé orden inmediata a vuestros cronomóviles para que suspendan su acción sobre el siglo XXI.

Sonaron algunas risitas. Alguien dijo un chiste y dos o tres rieron. Arne soportó estoicamente la actitud de aquellos individuos.

—Supón que ordenamos matarte, aquí, ahora mismo —dijo el Primer Rector.

Arne volvió a consultar su reloj.

—El plazo que os queda es de dos horas y cincuenta y ocho minutos.

—¡Tonterías! —bufó alguien—. Despachemos a este insolente...

El Primer Rector alzó la mano.

—Silencio —dijo—. Tal vez resulte interesante conocer el medio con que estas pobres gentes del siglo XXI tratan de intimidamos. ¿Quieres mostrarlo?

—Desde luego —contestó Arne con gran cortesía.

Abrió el maletín. Minutos después, había montado un proyector cinematográfico y una pantalla receptora de imágenes.

—¿Podéis atenuar la luz? —pidió.

El vasto salón quedó sumido en una discreta penumbra. Enseguida Arne puso el proyector en marcha.

Las imágenes cinematográficas mostraron con toda nitidez el aterrizaje de la nave exploradora y la captura de sus tripulantes. Sucesivas vistas permitieron ver a los presentes la situación en que se hallaban los astronautas capturados. Igor, Zot—Bin y Jovita estaban frente a ellos, con las metralletas apuntadas de una forma que no ofrecía lugar a dudas.

Una vez más, Arne miró su reloj.

—Ahora ya sólo quedan dos horas y veintiséis minutos. Pasado ese plazo, mis compañeros fusilarán a sus prisioneros, a menos que deis orden inmediata de suspensión de toda actividad contra nuestra época.

Un gran silencio se extendió de pronto sobre el salón. Arne sonrió satisfecho.

Aprovechando el momentáneo estupor que habían provocado sus palabras, continuó hablando:

—Podríamos habernos mostrado pacíficos ante esos exploradores, pero no es seguro que, pese a las reglas de no colonizar un planeta habitado, no hubiesen emitido un informe favorable a tal colonización. Ignoramos lo que hubieran dicho, de haberles permitido marcharse. Pero sí sabemos, en cambio, lo que pasará ni no accedéis a nuestra petición.

»Vuestros exploradores morirán y no podréis impedirlo. No volverán, no emitirán informe de ninguna clase; alguien, en una oficina, clasificará a la Tierra como planeta habitado y, posiblemente, peligroso. No se efectuará ninguna migración colonizadora, no se establecerán aquí los primeros colonos, no tendrán descendencia ni tampoco originarán civilización de ninguna clase. En consecuencia, al no llegar aquí las primeras avanzadillas colonizadoras, la Tierra continuará desierta. En un santiamén, vosotros y cuanto habéis construido desaparecerá, barridos por un soplo invisible, todopoderoso e irresistible. No dejaréis de existir por muerte, sino porque, sencillamente, no habréis existido jamás; ni vosotros, ni quienes os precedieron desde el siglo CXXXV.

»Y ahora —concluyó el joven, cortando la proyección de imágenes—, ya podéis ordenar que me maten. El tiempo que os queda es de ciento treinta y dos minutos.

El silencio continuaba. De pronto, el Primer Rector habló:

—No merece cambiar las vidas de dos traidores por la de miles de millones de personas de este siglo. Vuelve tranquilo al tuyo, extranjero. Inmediatamente, daremos orden de suspender toda acción contra tu época.

—Gracias —contestó Arne. Paseó su vista por la silenciosa concurrencia—. Creo que no es conveniente que hombres de una época viajen a otra, a menos que causas gravísimas lo indiquen. Pero os digo, habitantes del siglo MDXXI, que la libertad es el bien más preciado que puede tener el hombre, una libertad bien entendida, con respeto total a los derechos y opiniones de los demás. Repito que no es conveniente que personas de vuestro siglo viajen al nuestro, pero ya que Zot—Bin y Yeesha lo hicieron, debisteis respetar sus deseos… como asimismo, debisteis permitir la libre expresión de sus opiniones que, estoy seguro, eran menos corrosivas que lo que a vosotros mismos os parecían. Ésta es la única forma de la convivencia total, del establecimiento de una paz duradera… de que este mundo en que vivís sea verdaderamente la Tierra y no la Antitierra que es en la actualidad. No pretendo inmiscuirme en vuestro modo de pensar ni trato de modificar vuestras leyes y reglamentos; tan sólo deseo haceros saber que unos y otros, separados por millares de años, podemos vivir tranquila y felizmente en nuestras respectivas épocas, sin necesidad de rozamientos ni fricciones que puedan desembocar en catástrofes. Eso es todo.

—Puedes irte tranquilo —contestó el Primer Rector en tono grave—. El asunto se da por terminado de la forma ya expresada.

—Gracias —repuso Arne.

Minutos más tarde, se hallaba en el puesto de mando de su cronomóvil.

Ajustó los mandos. Se sentía cansado, pero estaba satisfecho.

Las dos parejas vivirían felices en el siglo XXI. Él y Jovita…

Sacó del bolsillo de su blusa una fotografía de la hermosa brasileña. Sonrió con ternura mientras contemplaba el esplendente cabello negro, los ojos verdes y los labios sonrientes de la doctora.

Presionó el botón de arranque.

—Espérame, Jovita —murmuró, en el momento en que el cronomóvil iniciaba su viaje de regreso.

FIN

[1] La prueba mencionada es ficción; no así, en cambio, las investigaciones que se efectúan en países de técnica altamente desarrollada en torno a tan apasionante tema, como es el de la anulación de la gravedad. (N. del A.)

[2] Auténtico. (N. del A.)

[3] Victoria. (N. del A.)